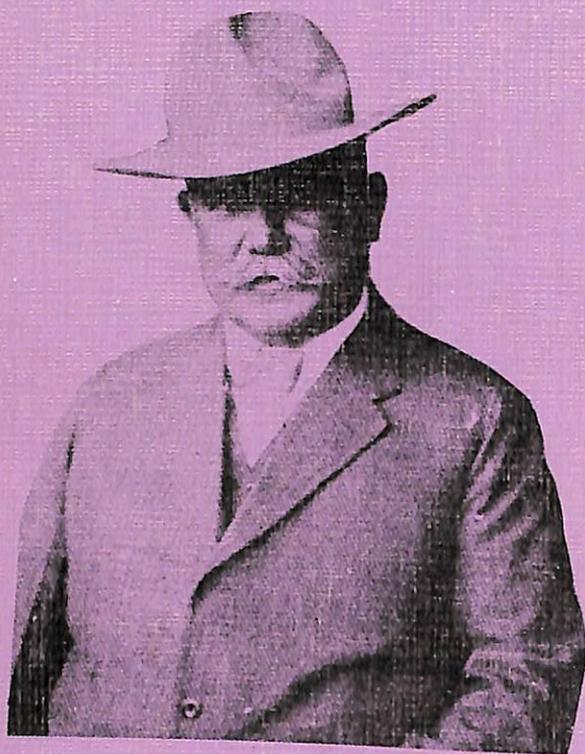


Álvaro Obregón

aspectos de su vida

JOSÉ RUBÉN ROMERO
JUAN DE DIOS ROBLEDO

JUAN DE DIOS BOJÓRQUEZ
DR. ATL



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA





ÁLVARO OBREGÓN
aspectos de su vida

Alvaro Obregón

aspectos de su vida

JOSÉ RUBÉN ROMERO
JUAN DE DIOS ROBLEDO

JUAN DE DIOS BOJÓRQUEZ
DR. ATL



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

HERMOSILLO 1984

Primera edición: 1980
Segunda edición: 1984



PRESENTACIÓN

Rasgos humanos, aspectos anecdóticos de su vida, interesantes juicios sobre su valor y su visión de estrategia en los campos de batalla; recuento de sus grandes determinaciones sociales y políticas al frente del Gobierno de la República, constituyen el contenido de este libro que el Gobierno del Estado reedita en esta nueva versión, como testimonio y homenaje al gran caudillo de la Revolución Mexicana.

Alvaro Obregón combatió en la guerra y después se consagró, en la paz, a construir un México más vigoroso y más digno modernizando sus andamiajes políticos y administrativos.

El valor de estos estudios, publicados en un libro por primera vez en 1935, estriba no sólo en el hecho de haber sido escritos por personalidades connotadas en la política, las letras y las artes de nuestro país, sino fundamentalmente porque sus autores fueron amigos y colaboradores del general

Obregón y lo conocieron muy de cerca. Ello explica el tono muchas veces familiar y coloquial que se percibe en las semblanzas de José Rubén Romero, Juan de Dios Bojórquez, Juan de Dios Robledo y Dr. Atl, autores de estos textos.

El Gobierno del Estado de Sonora considera necesario que se amplíe la divulgación de estos documentos para que las nuevas generaciones estén en aptitud de valorar, con mayores elementos de juicio, la vida y la obra de este brillante estadista sonorense, a quien nuestro país debe, en gran medida, sus actuales estructuras institucionales.

Hermosillo, Son., marzo de 1984.

ÁLVARO OBREGÓN

JOSÉ RUBÉN ROMERO

I

LA FAMILIA OBREGÓN vivía en Siquisiva,* Distrito de Álamos, Sonora, allá por el año de 1886. Había heredado de sus padres la casa y las tierras que, aunque no fueran de una grande extensión, daban lo indispensable para subsistir: el chícharo se recogía con abundancia y el tomate ya tenía un buen mercado en las poblaciones de la frontera .

Doña Cenobia, doña María y doña Rosita, con una triple ternura materna, cuidaban de Alvarito, un señorón de seis años a veces jovial, reflexivo a veces y siempre con una atinada respuesta en la boca. Eran las hermanas mayores las encargadas de enseñar al muchacho las primeras letras, pero cuan larga y difícil les resultaba la tarea, porque el niño lo preguntaba todo, lo indagaba todo, llevando por arduos caminos la sencilla lección cotidiana.

—Cenobita, ¿es cierto que hay vasos con cacha?

* Paredón Colorado, en la lengua de los mayos.

—Con asa, querrás decir. . .

—¡Quisiera conocer la pistola con que Dios dispara sus rayos!

Doña Cenobita reía de las ocurrencias del niño.

Cierta vez se escabulle de la troje que le sirve de aula, y al reclamo de sus hermanas contesta que ya se sabe la lección, pero que no la dice. Está entregado a la enorme tarea de labrar con el cuchillo de la cocina una espada de *tejamanil*, tan grande como él, con la hoja revertida de papel plateado.

—¿Y qué haces, pues, allí?— le dice un mayo en la lengua nativa, sin apartar sus ojos oblicuos de las manos del pequeño operario.

—Una espada para defenderte—, contesta Alvarito.

Son éstas las primeras palabras de Obregón que se pueden recoger con un sentido histórico, o como un signo de predestinación en su vida. El niño que ha crecido al amparo de tres mujeres y que no sabe aún de violencias ni de rebeldías, hace una espada para defender al hombre de la tribu, al hombre vejado por todas las injusticias sociales, que nace sobre la dura tierra, se desgarraba trabajando en el surco y muere solo e incomprendido en el negro corazón de sus montañas.

De once años fue Álvaro Obregón a Huatabampo, a la escuela de su hermano José. Iba fuerte y crecido, más de lo que cumplía a su edad, andariego y laborioso en cosas del campo, que le tiraban con mayor estímulo que los estudios. El pueblo era triste y polvoso, sin otra vegetación que los cactus que se alineaban en las calles como cadetes en día de inquietar con sus risas y sus conversaciones a todo el vecindario.

Pronto sus ojos claros acostumbráronse a mirar tranquilamente el árido paisaje. El río Mayo lo atraía, y en sus escapatorias por las márgenes que reverberaban al sol, trabó conocimiento y amistad con los aborígenes que le dieron primordiales lecciones de geografía humana. Conversando con los indios aprendió el idioma cahita, y su gracia peculiar de niño efusivo y alegre, le abrió el corazón de estas gentes de suyo tan orgullosas y desconfiadas. Para los indios el pequeño Obregón dejó de ser un *yori* y se convirtió en una figurilla doméstica y amada.

Influyeron, pues, profundamente en la conformación de su espíritu, el paisaje del Mayo y el trato con hombres de dos razas distintas: el cahita y el blanco. Con el indio pensativo y huraño se hizo incubador de sueños, urdidor de quimeras, engarzador de imágenes; adquirió la malicia y se

familiarizó con el valor frío y cruel de aquella casta; enseñóse a respetar las tradiciones de la tribu, cuya desigualdad social atizó la lumbre de sus primeras rebeldías. La forma de gobierno de los caciques mayos, su sencillez patriarcal, lo impresionaron desde niño, modelando algunos de los rasgos de su carácter de caudillo.

Los blancos, los de su raza, le dieron esa campechanería norteña y ese espíritu de protección que sienten unos hacia otros, que tanto y tan injustamente se les censura. Peor sería que se degollaran entre sí, siguiendo el ejemplo que les damos los hijos de ciertas regiones de la República.

El espectáculo de la campiña y del río, del cielo y de la montaña lo hicieron romántico, lo enseñaron a amar lo bello como a un poeta, y a pesar de que nunca pudo adquirir refinadas formas de expresión, su pensamiento aprisionó todos los pájaros de la inquietud, y su alma, el alma fiel de todos los paisajes.

Resumiendo su infancia, puede decirse que en la escuela aprendió rudimentariamente letras y guarismos; pero los métodos de una rara observación, la psicología de los hombres y el claro análisis de los hechos fueron aprendidos por él, para no olvidarlos jamás, en el gran libro de la naturaleza.

II

ERA ÁLVARO OBREGÓN, a los veinte años de edad, un joven hermoso. Él lo sabía y las muchachas de Huatabampo se lo corroboraban con los ojos. Alto, proporcionado, fornido. El rostro de color trigueño; la nariz un poco respingona; la boca grande luciendo un bigotillo negro, la frente ancha y despejada, y los ojos claros llenos de una luz inteligente y persuasiva. Rasgos todos de un sensual apasionado y violento. Mas no fue un salteador de honras, ni se pasó la vida halconeando en torno de las torcaces indefensas. Era noviero, sí, pero al estilo de los galanes de pueblo. Le agradaba pasear con las muchachas, conversar con ellas, cortejarlas sin traspasar el linde que las damas querían poner a su amistad.

Había comprado con grandes sacrificios dos bogues y, mientras uno le servía para las duras faenas del campo, maltratado y sucio como una Ceni-



cienta, el otro solamente rodaba por los caminos pintorescos a la hora de los suaves crepúsculos, llevando a cuestras muchachas bonitas, alegres y cantadoras.

Álvaro Obregón fue un devoto del baile, de la bulla, de la fiesta por cualquier cosa, de los pasos cautelosos de música por los callejones solitarios, en noches de luna; pero jamás buscó la alegría ficticia del vino ni el escándalo con las hembras venales. Debe apuntarse, además, que nunca fue pendenciero. Prefirió persuadir que pegar, siendo un hombre vigoroso y valiente. Así acrecentó simpatías, se hizo querer y logró imponerse como árbitro en las disputas de los que le rodeaban.

No siempre la labor del campo es un filón de oro. Una granizada a destiempo o una sequía, y el surco se traga indiferente el trabajo del hombre. ¡Paupérrimo labrador que vives de esperanzas, tú sabes bien que tu esperanza ni te cobija ni te alimenta! Así, pues, hay necesidad de emigrar para vivir.

Obregón fue a Navolato y se contrató en un taller. Allí conoció de cerca a la enemiga más cruel de la humanidad: la maquinaria, y al más triste galeote: el obrero. Esta escuela también le fue útil. Aprendió a manejar el torno y a pensar en cosas humanas, oyendo el ajetreo de las poleas y las

voces de fatiga de sus compañeros. Supo del dolor de trabajar sin descanso, aunque la carne le pidiera tregua, y con su espíritu de insurgente, tuvo las manos negras del esclavo.

Hondos y largos silencios. El tiempo limitado para comer, para dormir, porque corre prisa al patrón convertir el sudor de sus hombres en áureas monedas tintineantes.

A Camacho, su compañero de turno, contaba sus proyectos y lo divertía con sus chistes —oro de buena ley—, que como el minero, arrancaba de la entraña misma de sus penas.

Pero como su verdadera inclinación no estaba allí, sino en el campo, al reunir unos cuantos pesos, dejó el taller y se volvió a Sonora. Propusiéronle unas tierras y las compró sin titubear. “La Quinta Chilla” le puso a su feudo, nombre que es clara indicación de las circunstancias económicas por que pasaba el nuevo propietario.

El trabajo y la inteligencia de Obregón, lograron hacer de un páramo triste, una tierra prometida. La varita mágica de su voluntad arrancó el agua de las rocas y la parva sedienta correspondió con creces a sus esfuerzos. El garbanzo llenó las trojes como perlas medidas en almudes. Eso sí, la faena era pesada: el alba lo guiaba al salir de su casa y al volver a ella lo escoltaba la noche.

Esta fue en realidad su primera batalla y la ganó cumplidamente: venció a la pobreza, más difícil de vencer que las huestes de Villa. ¿Y qué lucha, por menos dura que sea, no deja a un hombre observador como Obregón una fecunda experiencia? La vida del campo siempre fue para él una enseñanza subjetiva y supo aprovecharla, ya en el poder, para enfrentarse con el más arduo problema de México: el agrario.

Acaso entonces nacieron también sus sueños militares y al pasar frente a las milpas, alineadas como soldados en perfecta formación, su fantasía movió ejércitos y sus manos ordenaron batallas. Así lo apunto yo, que sin ser prosélito de Marte, he padecido tamañas locuras.

Sirvióle éste periodo para poner a prueba su don de gentes. El campesino está siempre en guardia y son precisas la discreción, la bondad y la sencillez en el trato para conquistarlo. Por estos medios logró Obregón que los hombres se le rindieran. La vida rústica es el torno que labra mejor el carácter.

Y prosperó en todo: en su hacienda, en su crédito, en sus amistades. Llegaba a Hermosillo y se le ofrecía el mejor cuarto del hotel; las gentes lo agasajaban, lo adulaban, y esto podó su vanidad de hombre superior que ya presiente su destino.

Era dominante y desconcertante. Que lo diga si no su gran amigo el abogado Orcí, a quien por entonces conoció en Hermosillo.

—¿Juega usted billar, licenciado?

—Sí señor.

—Pues vamos a jugar, pero tendré que darle ventaja porque lo hago mejor que usted.

El licenciado Orcí se desconcertó con esta salida y perdió el partido, jugando en realidad mejor que Obregón. Quizás este mismo ardid empleó en las cosas de la guerra, logrando a veces que su inferioridad se impusiera sobre el enemigo.

En tales condiciones de holgura económica, de popularidad, de simpatía, lo sorprendió la revolución maderista, y causa profunda extrañeza que el espíritu de Obregón no se inquietase con los gritos de entusiasmo que resonaban en torno de él.

El norte era una llama votiva ardiendo ante el ara de la libertad; Obregón lo confiesa y se duele de no haber encendido en ella sus ideales, como tantos otros los encendimos, un poco por contagio, otro poco por ambición, con el anhelo de representar siquiera un pequeño papel en la historia.

Triunfó el movimiento maderista y apresuradamente pactó en Torreón. Todos quedaron descontentos, vencedores y vencidos.

Al enemigo, aniquilarlo, según reza un proverbio católico muy poco cristiano, pero *don Pancho* era incapaz de aniquilar a nadie, máxime cuando su movimiento no perseguía otro fin que derrocar un gobierno dictatorial e inveterado.

Pascual Orozco fue uno de los más descontentos y con los mismos hombres que sirvieron para batir al porfirismo —; Oh, inconciencia de nuestros libertadores!— se rebeló contra el señor Madero, su jefe y amigo. Nada, por otra parte, tiene esto de extraño, los mexicanos somos así; cuerpos en ebullición, descontentadizos, sentimentales y con una sola idea potencial metida entre ceja y ceja: la de alcanzar por cualquier medio la presidencia de la República. Recuerdo, a este respecto, el contenido de una boleta electoral, suscrita por un moreliano, que me hizo mucha gracia: “Voto, para Presidente de la República, por mí; y de no ser posible, por el señor Canónigo Banegas”.

La deslealtad, pues, de Pascual Orozco al señor Madero, y el norte de la República envuelto en los fogonazos de otra guerra civil, exaltaron el espíritu legalista de Obregón y clamó justicia, deplorando que acaso una inexplicable inercia suya hubiérale impedido abrazar la noble causa de Madero desde sus primeros pasos: había que apoyar

incondicionalmente a aquel pequeño apóstol de las grandes ideas.

Este fue el instante en que sus coterráneos se fijaron en Obregón para llevarlo a la Presidencia Municipal de Huatabampo.

Por aquellas fechas el Gobierno de Sonora se vio precisado a recurrir a las autoridades de los municipios para que lo ayudaran en la defensa del Estado contra los infidentes orozquistas. Es posible que en el caso particular de Obregón, el gobierno local no viera con buenos ojos su alianza con un modesto campesino, y sería curioso conocer las primeras proclamas que éste lanzó a la sombra de los soportales o en la tertulia de la plaza, para organizar la defensa civil del pueblo.

Un amigo trae a otro amigo; éste a un compadre que vive en el rancho inmediato; los medieros forman la guardia veterana y los viejos mayos, que tienen fe en el *yori* que amaron desde niño, aprestan las armas, cuyo manejo conocen tan bien, y remiendan el parche de los tamborcillos para tocar en ellos su ronco son de guerra.

Así se agruparon trescientos hombres alrededor del alcalde de Huatabampo, sin más uniforme que la camisa de manta y el pantalón azul de los obreros. El jefe proveía a los gastos, compraba las municiones y vigilaba los ejercicios militares, a cargo

del capitán Eugenio Martínez, quien se desesperaba de ver que aquellos voluntarios hacían caso omiso de flancos y medias vueltas.

En tanto que las sombras de la noche se ensartaban como un jorongo en la torre del pueblo, Obregón pasaba lista a sus guerreros llamándolos de memoria por sus nombres y apellidos, alarde de gran memorista muy a lo Alejandro quien, según dicen, sabía los nombres de todos los macedonios que lo acompañaron en la guerra de Persia. Yo no lo creo.

Se apresuró entonces don Álvaro a ofrecer sus servicios, que fueron admitidos con la condición de que corrieran a cargo del gobierno los haberes de las tropas, y de que el jefe de ellas aceptara el grado de teniente coronel. El general Sanginés habría de controlar dicho contingente, procurando obtener de él, el mejor partido.

Después de algún tiempo de militar a las órdenes de Sanginés, una tarde éste llamó al teniente coronel Obregón y le dijo:

—Voy a confiar a usted la primera comisión militar: salga con toda su gente, al filo de la media noche, porque tengo noticias de que están cerca las avanzadas de Pascual Orozco.

Reunió sus indios Obregón y al abrigo de las sombras salió cautelosamente del pueblo. En la

marcha, palpitaban los corazones regocijados y las bocas ahogaban hasta los suspiros para no levantar la caza.

De pronto, los ojos felinos de los mayos, a esa lívida claridad precursora del alba, sorprenden un campamento enemigo con los fusiles en pabellón y los hombres atados de pies y manos por el sueño.

—Hay que llevar aviso al cuartel general, —opina el capitán Martínez, más conocedor de las órdenes militares que sus compañeros.

—Nada de eso, —replica Obregón—. Esta oportunidad es única, aunque seamos menores en número que el enemigo—, y ordenó tan acertadamente el movimiento que los orozquistas se despertaron ya prisioneros y con todos sus bagajes en poder del vencedor.

De esta primera salida volvió Obregón al cuartel general de Sanginés, cargado de pertrechos y de cautivos.

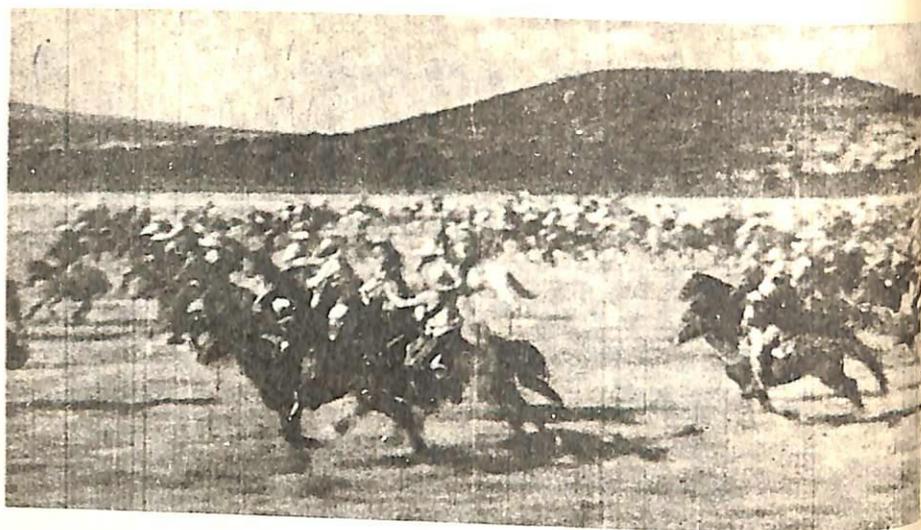
El viejo militar no lo recibió de buen talante y por todo elogio le dijo:

—Debería procesar a usted por haberse extralimitado en el cumplimiento de mis órdenes.

No obstante la reprimenda, ambos militares fueron con el tiempo muy buenos amigos, y Obregón respetó y ayudó a Sanginés en el resto de su vida.

La hazaña que he relatado impulsó decididamente la carrera militar de Obregón, quien, si en vez de una victoria hubiese tenido un descalabro, se habría desviado por otro sendero.

Mas la gloria se prendó del hombre y lo acompañó en los campos de batalla, como una humilde soldadera.



III

Como todos los espíritus superiores, Obregón fue un vidente y desde la cumbre de su pensamiento miró venir el poder muy antes de alcanzarlo. Llevaba en su interior la certeza del triunfo y firmaba letras a cargo del destino con la seguridad de que serían cubiertas a su vencimiento. Predijo muchas veces los acontecimientos con claridad pasmosa, tal vez por un fenómeno de concentración o de análisis, frecuente en los hombres del campo.

Cierto día, al salir de las máquinas en el taller de Navolato, Camacho su compañero se quejó de las rudas faenas a que estaban sometidos. Los ojos de Obregón ilumináronse con un fulgor de esperanza.

—Te ofrezco que cuando yo sea presidente de la República ha de cambiar tu suerte —le dijo—. Y al llegar a la Presidencia cumplió su palabra.

“Villa no pasa de Guaje”,* —afirma en un telegrama epigramático, al iniciarse los combates de Celaya, y cuando lo sitiaban las fuerzas de la División del Norte, mucho más numerosas que las suyas.

Después de los encuentros de Aguascalientes apremia al general Diéguez para que se dirija a Sonora porque, dice: “tengo el presentimiento de que Villa escogerá para representar el último acto de su tragedia, el escenario de Sonora”.

Además, Obregón sabía esperar con paciencia, caminar sin premuras. Siempre lo demostró, ya en Celaya resistiendo las acometidas desesperadas del enemigo, ya en el lejano refugio de sus tierras, mientras llegaba la hora de la Presidencia.

Complejo digno de estudio es su forma de ver rápidamente todos los problemas, sintetizándolos en una frase, casi siempre feliz, y la manera prolija que tenía de explicar sus actos y el móvil de sus determinaciones.

Usaba de la anécdota como de un argumento para convencer, o como de un elemento para cautivar. Comprendía las imperfecciones de la Revolución y valientemente las señalaba. Hubiera querido prevenir en lugar de corregir: —Hay que

* “El Guaje”, punto cercano a Celaya.



libertar al país de sus libertadores— dice, y es éste el grito desesperado de un ser que ha medido ya la distancia que separa la teoría de la realidad y ve con dolor cómo se transforman los hombres al llegar a ciertas alturas, vulnerando los principios que les sirvieron de bandera.

Así como los grandes edificios se construyen con piedras humildes sostenidas solamente por una masa de cal y arena, así los caracteres se forman de pequeños detalles que vienen a determinar las virtudes y los defectos del individuo. Obregón tuvo, como todo ser humano, imperfecciones y virtudes, pero haciendo un balance justiciero de su persona estas últimas superan a los defectos.

Fue un valiente muy a la mexicana, dispuesto a jugarse la vida, ora por su propio interés, ora por su prestigio, o bien por un ideal generoso y levantado.

Dice Waldo Frank que este rasgo demuestra inferioridad radical, y que el mexicano busca la muerte, no por valor, sino para liberarse de una dura carga: la vida. Lo cierto es que nuestra admiración se rinde siempre ante el arrojo de un hombre y no ante su prudencia o su sabiduría.

Obregón fue un ejecutor de sus proyectos, un ser dinámico que aceptó virilmente la responsabilidad de sus actos. Lo que su cerebro creó procuró rea-

lizarlo con su único brazo, y lo que su corazón sintió —piedad, cólera o desprecio—, se reflejó en sus ojos.

Era un sentimental que amaba u odiaba, pero sin careta. Una palabra era suficiente para conquistarlo o para perderlo.

Yo lo rendí con un brindis, y perdí su amistad con una frase.

IV

ES MUY DIGNO de elogio el anhelo de Obregón por ilustrarse. Este afán prevaleció en él aún después de haber conquistado la popularidad, el poder y la gloria.

Los hombres superiores deben serlo en todo, para no exponerse al desprecio de quienes aprendieron en la escuela unas cuantas lecciones de gramática.

Refieren que un general pidió por escrito la *rendición* de una plaza. Sus habitantes estaban dispuestos a entregarla, pero el maestro de escuela los convenció de que, quien escribe *rendición* con "s", no puede ser un enemigo peligroso. Se defendieron y triunfaron.

Cuando Obregón dejó de ser secretario de Guerra llamó a un amigo de confianza, a quien ya he citado, y le pidió la lista de los textos que se estudiaban en preparatoria.

—Quiero hacer lo que no hice de niño: estudiar. Me interesa la psicología, la historia, la lógica, pero le recomiendo que nadie lo sepa.

Los libros de lógica que llegaron a sus manos quizá no dieron más claridad a la suya de hombre experimentado; pero lo que sí constituye un milagro de disciplina intelectual, es el haber aprendido la *Historia universal* de César Cantú en el breve periodo de dos meses. Relegado en su vieja casona del Norte dio de mano a toda inquietud del momento, para desenterrar, con paciente cuidado, héroes y paladines de todos los siglos.

En sus lentos y largos insomnios vio desfilar por las paredes de su cuarto, anacrónicamente unidos, a Julio César y a Bolívar, a Morelos y a Juana de Arco, y en las resonancias del viento creyó percibir confusamente los discursos filantrópicos de Abraham Lincoln y los Derechos del Hombre, de Juan Jacobo...

El gallo con su alegre clarinada rompía el sortilegio de aquellas alucinaciones, picoteando en los charcos del corral las últimas estrellas de la noche...

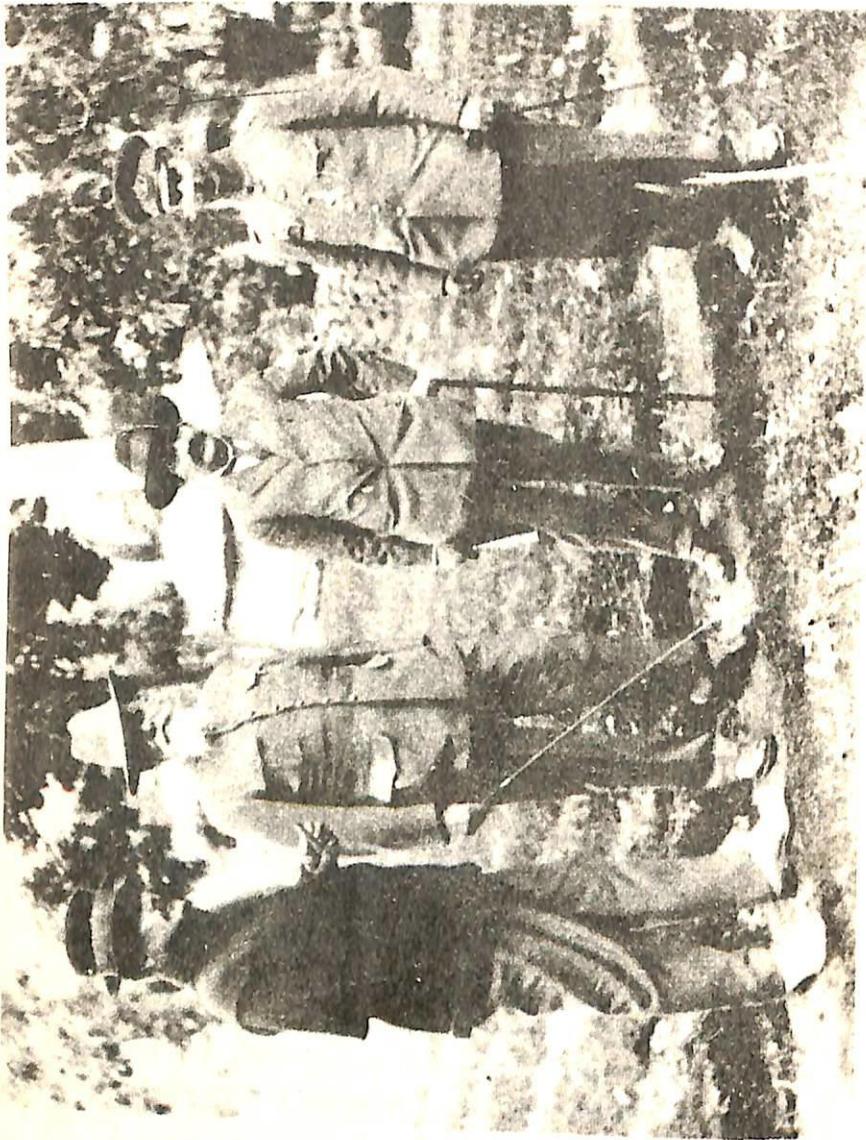
V

¿TUVO ENEMIGOS OBREGÓN? Los que corresponden a un hombre de su valer, que seguramente fueron: los envidiosos, los vencidos por su mano, los que, habiéndolo intentado, no obtuvieron su favor, los políticos antagónicos, los lesionados por algún acto de su gobierno. Sus amigos, en cambio, fueron más numerosos: once millones de indígenas que anhelaban la posesión de una tierra ungida ya con su trabajo y regada con el sudor de sus frentes.

Obregón supo ser enemigo y también amigo. Supo destruir y supo amar; ni olvidó un favor, ni perdonó una injuria.

Conservó la misma amistad ingenua y pueblerina con las gentes de Huatabampo, y a quien conoció de niño, jamás desdeñó de hombre.

Este caso puede servir de ejemplo en nuestro pobre medio social, en el que los poderosos cam-



bían a cada estación de amistades, como si se mudaran vestido.

A sus amigos, Obregón los protegía, los ayudaba, oficial o particularmente. El comprendía que los amigos tienen derecho a vivir y que la amistad es planta que se riega con dádivas y favores. Y a medida que él subió, ascendieron también las gentes que lo rodeaban. En la Presidencia Municipal de Huatabampo, don Pedro Almada fue jefe de la policía, y lo fue después en la metrópoli, cuando Obregón asumió la Presidencia de la República.

Poseedor de una clara inteligencia, no le importó tener algunos mediocres secretarios de Estado, sin más título que el de su amistad. A la postre, él era el presidente —la fuerza directiva de su gobierno—, y los ministros, los portavoces de sus ideas. Quien no estuvo de acuerdo con este sistema, cayó estrepitosamente.

Con él no pudieron prosperar los ministros de política propia, tan comunes en nuestro medio.

Cierta vez ordenó que se diera un puesto en una Secretaría de Estado a un amigo suyo, pero el ministro del ramo le propuso para el mismo empleo a otra persona.

—Esta bien; éste es amigo de usted, y usted es el ministro— replicóle Obregón en tono de zum-

ba; el otro es amigo mío, y yo soy el presidente. Conque, dígame: ¿a cuál preferimos?...

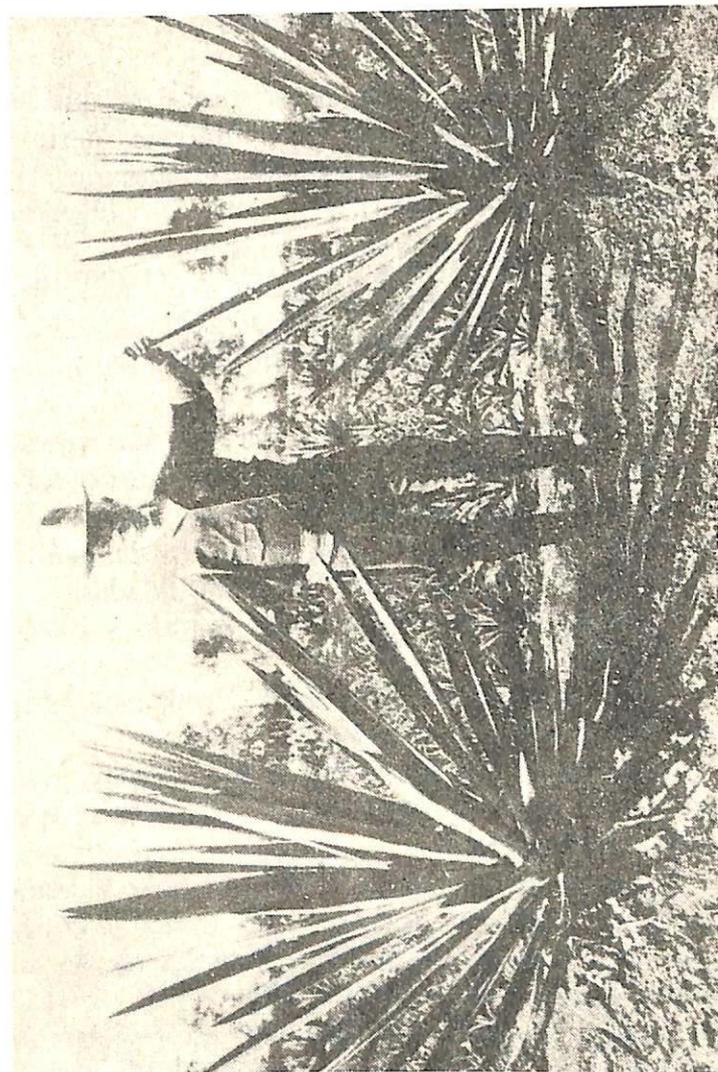
Obregón era de una verbosidad pintoresca e inatacable. Conversaba con su familia, con sus empleados, con sus amigos; conversaba animadamente en todas partes, lo mismo en su gabinete de trabajo que en el coche que lo conducía de Chapultepec a Palacio, y no dejaba de conversar ni escuchando el gemido angustioso de los cañones. Contábame un testigo presencial de los combates de Celaya, que una tarde Obregón lo invitó a recorrer las trincheras. Iba el general evocando su juventud, su vida en Navolato; a su amada María. Las bocas de fuego del enemigo ladraban a su paso como perros rabiosos; pero el general, impasible, enredado en la dulce malla de sus recuerdos, no se daba cuenta del fragor de las baterías, ni del pánico de su acompañante.

En ocasiones, hubiérase dicho que tenía preparadas sus respuestas:

—Tiene usted muy buena vista, general —díjole un adulator.

—Tan buena, que alcancé a ver la Presidencia desde Huatabampo.

Al entregar el poder, volvió a sus labores agrícolas con el mismo tesón que cuando adquirió "La Quinta Chilla". Por medio de las armas aca-



baba de conquistar el triunfo al candidato que le sucedió. Sin embargo, no quiso que sus méritos y su prestigio pesaran sobre el nuevo mandatario y le dejó libertad absoluta de imprimir a su gobierno la orientación que estimó conveniente.

Por más de tres años permaneció en su retiro del campo, alejado de la política, absteniéndose por completo de dar consejos y de enviar recomendaciones.

Un ministro extranjero hizo viaje al norte para saludar a Obregón y al encontrarlo quedó sorprendido de su indumentaria: viejo pantalón de mezclilla, guayabera de dril, sombrero de palma y unas barbas de moro, negras y descuidadas.

—Excelencia, ¿anda usted con disfraz? —díjole el diplomático.

—No, embajador; allá, en la Presidencia, fue en donde estuve disfrazado.

Agradábale conversar con gentes ajenas a la política, y no le era molesto que le hablaran con entera franqueza.

Había en Hermosillo un cochero noblote y desinteresado, a quien apodaban "El Ronco". Obregón solía buscarlo porque le encantaba oír de sus labios juicios sinceros y atrevidos.

—Oye, "Ronco"— le dijo una vez —¿leíste ya mis *Ocho mil kilómetros en campaña?*

—Para qué.

—Para ilustrarte, hombre, y para que al menos, sepas lo que han hecho tus paisanos.

—¡Bah! Si Villa le hubiera pegado, él los habría escrito.

Respuestas de esta índole no lastimaban la vanidad de Obregón. Por el contrario, eran para él motivo de profundas meditaciones.

VI

UNO DE LOS DETALLES que determinaron mi simpatía por Álvaro Obregón fue la lectura de sus versos, *Los fuegos fatuos*, que hallé casualmente en un periódico de la época.

Por aquel entonces, era yo en mi pueblo un joven poeta de carácter alegre y comunicativo, que cantaba a la melancolía y al dolor, a la vejez y al desencanto, y me sentía ligado a la caterva lírica por un fraterno cariño. Me parecía que los poetas de todas partes del mundo formábamos una sola familia y que nuestras rimas eran cartas llenas de efusión con las que nos saludábamos desde lejos. Huelga decir que así se piensa únicamente a los veinte años.

Los fuegos fatuos sirviéronme para reconocer a un nuevo allegado espiritual, quien, además, andaba lanza en ristre, con la noble misión de desfacer entuertos.



Tal vez los únicos versos de Obregón que aparecieron en la prensa fueron estos a que aludo. Sus grandes empresas no le permitían la concentración que requiere una intensa obra literaria.

La vena poética era en él heredada. Sus hermanos hicieron versos y él los hizo también, como un producto de su sensibilidad y como un rasgo de inteligencia muy a la moda de su tiempo.

En sus composiciones empleaba palabras sencillas, ideas claras; buscaba la música del acento y del consonante. Sus estrofas no tenían sentidos ocultos, ni parecían ecuaciones algebraicas, como las que se escriben ahora, pero encerraban un concepto filosófico y un pesimismo muy humano, en desacuerdo con la estrella triunfal de quien las escribía:

He corrido tras la Victoria,
y la alcancé;
pero al hallarme junto a ella,
desesperé.
Los rayos de su divisa
alumbraban en redor,
de los muertos, la ceniza;
de los vivos, el dolor.

Las actividades literarias de Obregón tuvieron dos aspectos: el oratorio y el poético. El primero

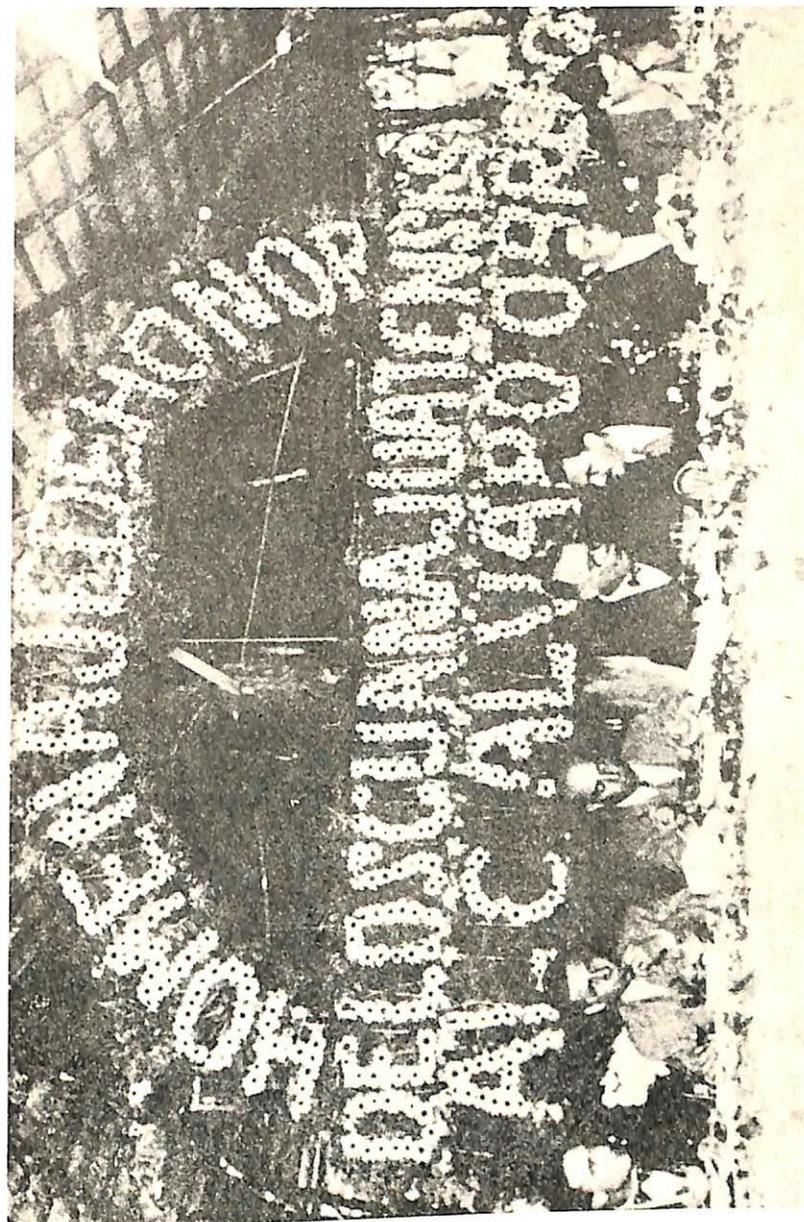
lo empleó en sus empresas políticas y supo ajustarlo a las circunstancias. Usaba en sus oraciones casi siempre el plural: “hemos hecho”, “debemos hacer”, “es necesario que hagamos”. Él hablaba en nombre de la Revolución desde una gran tribuna, el Castillo de Chapultepec, y teniendo por auditorio al pueblo mexicano.

Sus versos responden a una idea más personal y dejan la impresión de que fueron hechos ante el mismo panorama que describen:

La claridad del alba tiñe de rosa el cielo,
 los pájaros inician la gracia de su vuelo
 y el paisaje es un cuadro de vívidos colores;
 meditan las montañas y perfuman las flores.
 Mas el hombre, avelado, ni tan siquiera advierte
 que está muy cerca el ojo del fusil de la muerte.

Estrofa en la que es al mismo Obregón a quien se adivina de pie, contemplando el paisaje, en un amanecer esplendoroso. Y esto, en plena campaña, mientras se disponían las fuerzas para un asalto al enemigo...

—Deme usted unos versos suyos, general, —le dije en cierta vez, aprovechando uno de sus momentos de expansiva campechanería.



—No, porque si los publica me va a desprestigiar, me contestó jovialmente, entregándome el papel, con ese aire de satisfacción con que un padre regala el retrato de alguno de sus hijos.

VII

DON ÁLVARO OBREGÓN, caudillo del pueblo, presidente de la República, general del Ejército, no dejó de ser para sus hermanas el pequeño Alvarito que, en los corredores de la casa de Siquisiva, deletreaba su silabario.

—Mira, niño —decía doña Mariquita a don Álvaro, siendo ya presidente de la República— ahora que vas a la calle hazme algunos mandados. Y le encargaba las cosas que había menester para sus faenas domésticas. El señor presidente las mandaba comprar en cuanto podía y regresaba a casa muy ufano de haber cumplido los encargos de su amada hermanita.

Don Álvaro Obregón fue un fiel esposo, apegado a su hogar y a sus hijos.

Humberto lo acompañaba a casi todos sus paseos, y con los chiquitines charlaba y reía, como si aún fuera uno de sus camaradas.

Debe apuntarse un rasgo que denota la discreción del presidente: nunca se hizo acompañar por su esposa en actos oficiales, porque según decía, "los puestos públicos indivisibles no han de compartirse con persona alguna, por muy amada que ésta sea y por más identificados que estemos con ella".

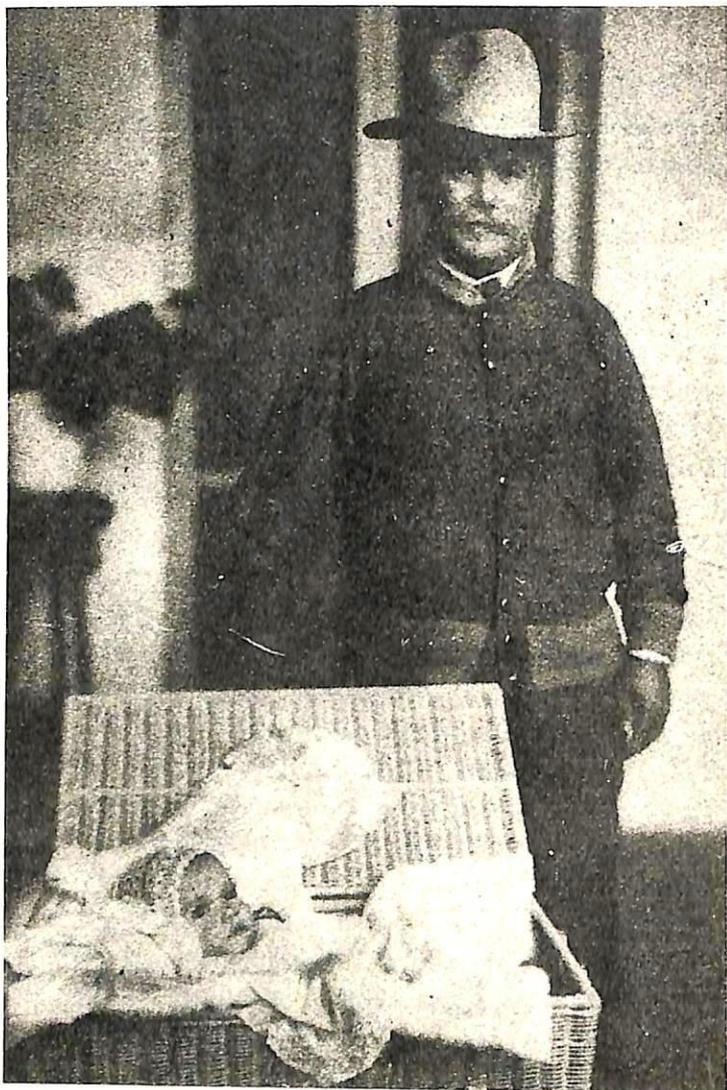
En un país que se pretende gobernar con normas democráticas, no encajan bien las familias reinantes. Obregón pensaba, quizás, lo que ya había escrito Maquiavelo: que un Estado sólo puede ser gobernado por un hombre.

Fue una cualidad de toda su vida la ternura que Obregón sintió por los niños, principalmente si éstos eran pobres y desamparados. Le encantaba conversar con ellos, hacerles preguntas difíciles, para regocijarse con sus desatinadas respuestas.

Al pasar por San Luis, en la campaña contra Villa, cautivó un chiquillo y consiguió que sus padres se lo confiaran. El niño fue con él a todas partes, quietecito en un rincón del carro, en donde el general dictaba sus acuerdos; y las primeras letras que aprendió fue la "A" de Álvaro y la "O" de Obregón, encontradas al azar en un periódico.

Hoy es un ciudadano de provecho para la patria —Ascensión Horta— y goza aún de los beneficios que le hiciera la mano de Obregón.

¡La mano de Obregón, única y grande; a veces imperfecta, como mano de hombre; a veces, generosa como mano de Dios!...



VIII

SU CUERPO FUE herido por una fanática y ciega pasión que predica el amor y la caridad, como un sarcasmo; pero al descargar el golpe, no supo lo que hizo: asesinó su propia religión.

Cuando el caudillo cayó agonizante, llevaba en su cartera un documento en que explícitamente, manifestaba su respeto a la libertad de creencias, de tal modo que, de haber llegado al poder, habría desaparecido el conflicto religioso en México. Esto no quiere decir que Obregón claudicara; fue un liberal completo, forjado en bronce, pero sabía que *liberalidad* quiere decir hacer el bien, sin exigir por ello recompensa.

¡Hombre tan relevante no mereció morir como murió. Sus días debieron extinguirse, o en el predio natal, cual una encina desgajada por los años,

o en el fragor de un combate, cristalizando el verso
de Rostand:

El enemigo a la vista,
el hierro hundido en el pecho...

EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO
DE OBREGÓN

JUAN DE DIOS BOJÓRQUEZ

FUE SIMPATIZADOR platónico del señor Madero. Cuando regresaron a sus hogares los libertadores de 1910, sintió vergüenza de no haber tomado participación activa en la lucha. Había perdido una oportunidad. Aprovecharía la siguiente.

La traición de Pascual Orozco volvió a enardecer los ánimos de los revolucionarios. Los "colorados" se habían adueñado de casi todo el Estado de Chihuahua. Amenazaban con extenderse en la frontera. Los amigos de Madero se aprestaron a luchar. Había que defender a Sonora. Obregón tomó su puesto. Organizó un batallón. Luchó en el noroeste de su Estado y pasó a Chihuahua. A fines de 1912 era un victorioso teniente coronel.

En 1913 realizó sus famosos "treces". Trece de marzo para tomar Nogales. Trece de abril para apoderarse de Naco. Trece de mayo para dar la batalla de Santa Rosa y trece de junio para consumir la de Santa María. Sus ascensos fueron rápidos, por méritos en campaña. Coronel, briga-



dier, general de brigada. Vinieron sucesivamente las batallas de San Blas y Culiacán. La ocupación de Tepic. Los combates de Orendáin y La Venta para hacerse de Guadalajara. General de división. Por último, las negociaciones de Teoloyucan y la entrada triunfal a México. Era el 15 de agosto de 1914.

Pleno de vigor y juventud, la metrópoli lo vio desfilar al frente de sus tropas. Venía seguro de sí mismo. No conquistó entonces a los capitalinos, porque censuró su cobardía y puso en manos de una profesora el emblema de su triunfo: la pistola. No era un caudillo popular. Era un general dominador.

Se presentaron las dificultades con Villa. El célebre jefe de la División del Norte amenazaba rebelarse contra Carranza. Había que impedir el rompimiento definitivo. Arriesgando su vida, Obregón fue a Chihuahua. Nada consiguió. Vino a la Convención de Aguascalientes. El convencionista Obregón, obedeciendo un mandato de la asamblea, fue a Córdoba para convencer al Primer Jefe de la necesidad de su eliminación, junto con la de Villa. Fracasaron sus intentos. Carranza seguía haciendo respetar su jerarquía. Ante la inevitable lucha, en seguida definió su actitud: seguirían al lado de Carranza, el Primer Jefe, para combatir a Villa, el antiguo bandolero que defeccionaba.

Cuando salió de Veracruz para vérselas con Villa, ya no era solamente un general invicto. Las dificultades recientes lo habían hecho de veras un ciudadano armado. Un soldado de la Revolución, que se esforzaba por descifrar los enigmas de la lucha. Para él las campañas victoriosas, no eran el objetivo principal de la contienda. Había que hacer en México el asiento de la revolución social. Por eso, al reanudar sus actividades bélicas, venía ya pensando en la verdadera finalidad de las campañas cruentas. El triunfo militar era una parte. Se sentarían las bases para que las condiciones de vida de los mexicanos fuesen mejores, al cristalizar en leyes los anhelos populares.

Acabar con Villa era empresa relativamente fácil. Lo difícil, para él, era justificar las guerras, haciendo después algo que respondiera a las necesidades del pueblo. En esa virtud, desde Veracruz alentó a civiles y militares, preocupados ya en el porvenir de la Revolución. La Confederación Revolucionaria, impulsada por el dinámico doctor Atl, contaba en Obregón con uno de sus principales y más entusiastas sostenedores. (¿Los otros?) He aquí algunos nombres: Zubarán, Urueta, Modesto Rolland, Roque Estrada, etcétera.

Al recuperar la ciudad de México, en enero de 1915, Obregón tenía perfectamente definida

su actitud ante los problemas sociales del país. Ya no era un general como hay muchos, de esos que todavía no comprenden para qué se hizo la revolución. Constantemente discutía con sus amigos más próximos sobre los resultados de la contienda. Para don Álvaro la lucha armada era sólo una faz de la lucha social. Las leyes revolucionarias asegurarían después el triunfo definitivo. Había un afán tan grande en Obregón por justificar sus campañas militares, que durante ellas fue propagando las ventajas del célebre decreto del 6 de enero, sobre restituciones y dotaciones ejidales y estableció, para los hombres de trabajo, al amparo del constitucionalismo, un salario mínimo: el primero en aparecer en los anales de la lucha social mexicana.

Obra de dos, tres meses, fue la suya, para acabar con el poderío y las fanfarronerías de Pancho Villa. Sus dos combates de Celaya, los de Nápoles, Trinidad, León y Aguascalientes, forman el capítulo más importante de las guerras revolucionarias comenzadas en 1910.

A mediados de 1915, don Álvaro no sólo era el general más ilustre de la revolución. Era, sobre todo, uno de los hombres más preocupados por la resolución de las cuestiones sociales del país. Consumada la victoria, siguió con esa persistente idea.



Con nuevas leyes, comenzaría a ponerse remedio a los problemas nacionales.

Durante el mes de enero de 1916 Obregón fue de los ciudadanos que mejor intervinieron en la formación del partido político que habría de representar, dentro de las luchas subsiguientes, la opinión de los nuevos libertadores. Esta organización política se llamó el Partido Liberal Constitucionalista. Lo formaron militares y civiles de bien definida actuación revolucionaria. Sus organizadores fueron antiguos combatientes y ciudadanos de reconocidos méritos.

El PLC no tuvo vida propia y activa sino hasta 1918, en que se fue a la oposición. Su líder de aquella época, el general Benjamín G. Hill, representaba a Obregón en la capital; tenía dotes de conductor de multitudes y valor sobrado para afrontar los peligros. Era Hill el alma del PLC. Antes había sido el segundo de Obregón, en las campañas del Bajío. Violento e indiscreto; pero Hill tenía una gran veneración por don Álvaro, a quien servía con absoluta lealtad.

Obregón estuvo en el Constituyente de Querétaro. No fue como diputado ni como espectador. Asistió en espíritu. Las izquierdas, que formaron la gran mayoría de aquella asamblea, contaron con el respaldo del glorioso jefe militar. Los artículos

más notables de la Constitución, los que le dan su carácter de código avanzado, socialista, fueron ganados por los amigos de don Álvaro.

Por último, en su campaña política y como presidente de la República, el general Obregón puso en todos sus actos el afán del revolucionario sincero. Pensó siempre que el movimiento armado de México no se hizo sólo con fines políticos, sino muy principalmente, para lograr innovaciones en todo el orden social.

La trayectoria de Obregón, que en breves líneas acabo de trazar, es la misma que siguieron algunos revolucionarios. Hay algo que ha venido buscando definición desde 1913. Desde que se inició en Sonora la lucha contra el pretoriano, hubo hombres que sintieron la necesidad de definir su actitud. No se trataba sólo de vengar al presidente mártir. Se iba a demoler un orden de cosas ya caduco, para substituirlo con una nueva nacionalidad. En el palacio de gobierno de Hermosillo, Juan Sánchez Azcona, la mañana del 16 de septiembre de 1913, había dicho: "Vamos a la conquista de la paz orgánica y definitiva, con la guerra implacable y santa".

SU IDEOLOGÍA

COMO SUCEDIÓ CON toda la Revolución Mexicana, la ideología del general Obregón se fue formando durante la lucha. Hay una enorme diferencia entre las dos grandes revoluciones sociales del mundo: la rusa y la mexicana. Por el estudio, mediante una larga preparación, la revolución rusa pudo realizarse de acuerdo con un programa definido de antemano. Comenzando por ser un proceso político, la Revolución Mexicana no pudo transformarse en contienda social sino a principios de 1915, es decir, cinco años después de nacida.

Es posible que al iniciarse en el ejército, al general Obregón sólo le atraían las glorias militares. Después de la toma de México y, sobre todo, al presentarse la pugna entre Carranza y Villa, el general sintió que la revolución no es solamente una lucha armada. La reflexión lo llevó a buscar las causas hondas de nuestras disensiones. Como era

un gran intuitivo, pronto pudo determinar el sentido ideológico de la gran pugna.

Al discutir entre sus amigos íntimos el rumbo que tomarían los acontecimientos, desde la evacuación de México a fines de 1914, Obregón hablaba ya de un programa revolucionario. Por eso hizo gestiones encaminadas a formar una comisión que se encargase de formular dicho programa, definiendo los grandes anhelos populares. Por eso apoyó a la primera confederación revolucionaria. Por eso en sus discursos no hablaba solamente de las victorias próximas, sino que alentaba a los humildes ofreciendo mejores condiciones de vida al triunfo de la revolución.

Para comprender y estimar mejor los dos grandes ideales del pueblo mexicano, Obregón venía preparado desde antes de empuñar las armas. Había sido mecánico en los talleres de la hacienda de Navolato, Estado de Sinaloa; y después, pequeño agricultor en las márgenes del Mayo.

Como obrero mecánico, Obregón conoció las vicisitudes del trabajador. Había sido víctima de injusticias. Había comentado, con sus compañeros de trabajo, las calamidades y desigualdades sociales.

Como pequeño agricultor, fue explotado por los acaparadores que "habilitaban" al pobre. Sabía

hasta qué grado eran perjudiciales las tiendas de raya. Podía testificar que en la región del Mayo, como en todas las zonas agrícolas del país, se vivía casi en la esclavitud.

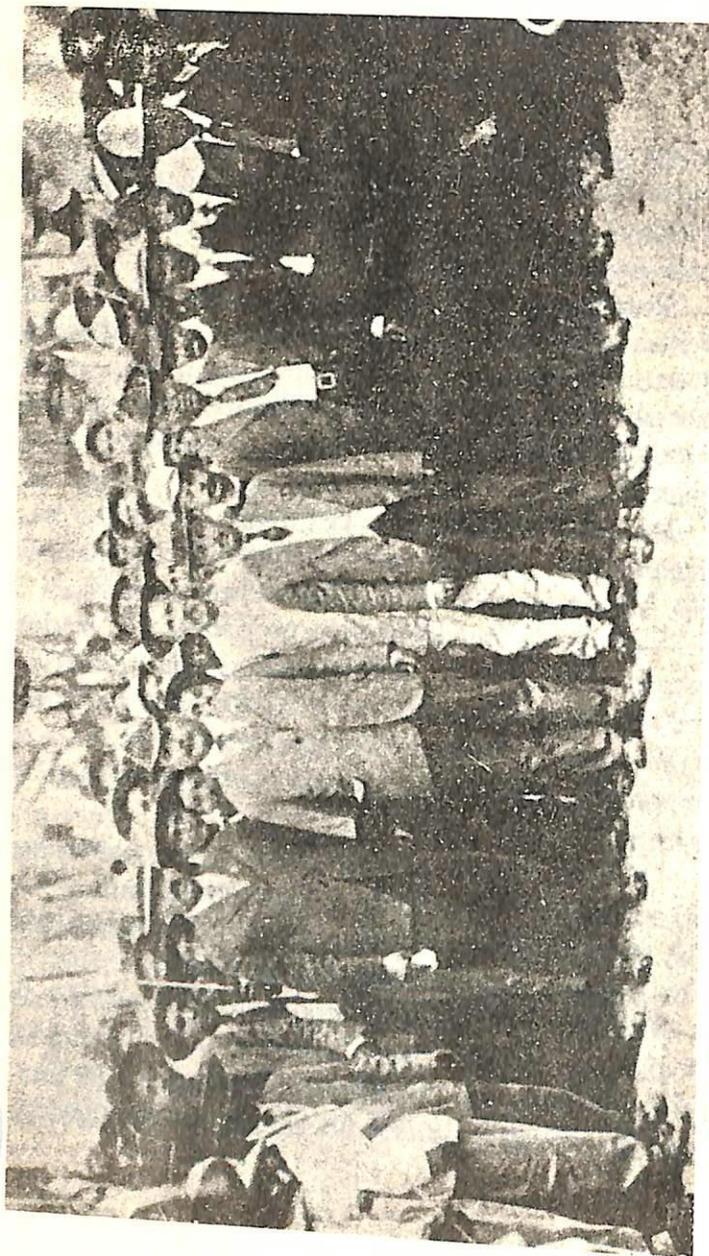
Siendo pequeño agricultor, supo también de las rentas exageradas que se pagan al terrateniente y de las cuotas que por servicio de agua cobran los acaparadores. Era de los hombres de campo que estaban más cerca del campesino que del gran propietario.

Durante las campañas del Bajío, sus conversaciones principales giraron alrededor de lo que sería México en el futuro. Algunas veces me dijo:

—Se habla mucho de los progresos alcanzados por nuestro país en treinta años de paz porfiriana. Yo aseguro que en sólo cuatro años de buen gobierno, se podrá hacer una labor mucho más efectiva y útil que la realizada por tan larga dictadura.

Después de cada victoria, en las plazas tomadas al enemigo, pronunciaba discursos alentadores. A las marciales dianas de tambores y cornetas, seguía un mitin de propaganda revolucionaria.

Palabra fácil. Figura imponente y activa. Ideas brillantes. Y sobre todo, la pasión del convencido, el calor apostólico de quien predica una buena nueva. Léidos sus discursos no convencen ni sugestio-



nan como cuando se le oían. La idea era brillante, pero el ropaje que la cubría no era digno de la concepción. Lo escuché muchas veces hablar ante auditorios que le fueron hostiles, terminando sus discursos en medio de aclamaciones delirantes y de un entusiasmo sin límites, hasta convertir a sus enemigos en buenos propagandistas de los ideales de la revolución.

En el Teatro Ideal, de México, una noche hablaba sobre los postulados revolucionarios, enalteciendo el afán de mejoramiento de los luchadores. Había dicho:

—Los tres grandes enemigos del pueblo mexicano son el militarismo, el clericalismo y el capitalismo, —para concluir, refiriéndose a sí propio y a quienes lo acompañaban:

—Nosotros podemos acabar con el capitalismo y con el clericalismo, pero, después ¿quién acabará con nosotros?

Esta última frase asombró a todo el público por su fuerza y su sinceridad. Era precisamente la misma frase, que años después habría de hacerse célebre en sus labios:

—La patria necesita libertarse de sus libertadores.

Como resultado de la reunión del Teatro Ideal, las fuerzas del Noroeste aumentaron en número y

calidad. De aquí salieron a pelear, nada menos que contra Villa, muchos estudiantes y obreros a quienes la palabra de Obregón había arrastrado. Su Estado Mayor se vivificó. A los viejos luchadores jóvenes —como Serrano, Garza y Sáenz—, se unieron muchachos de las aulas, inquietos e inteligentes, dispuestos a todo. Desde entonces las discusiones del vivac, ganaron en calidad y frescura.

En el Estado Mayor obregoniano se podía disertar sobre los problemas más trascendentales y oír bellos versos o ensayos literarios, que se perdieron para la cátedra o el libro.

He dicho antes que Obregón participó en la lucha del Constituyente de Querétaro. Afirmo y sostengo que perteneció a nuestro grupo: el radical y mayoritario. Durante la sesión del 18 de diciembre de 1916, Luis Manuel Rojas, presidente del Congreso, dividió a la Cámara en tres grupos, a saber: el de obregonistas, jacobinos o revolucionarios radicales; el de los carrancistas, liberales clásicos o revolucionarios moderados; y un tercer grupo intermedio, que unas veces se inclinaba hacia las derechas, y otras hacia las izquierdas.

Luis Manuel Rojas no se ajustó a la verdad. El hecho es que en Querétaro nada más había los dos primeros grupos señalados. Sólo que, para no referirse enteramente a la realidad, el presidente del



Constituyente inventó en la memorable sesión del día 18, al grupo de indiferentes o regulador. El grupo carrancista, formado por los liberales clásicos, nunca llegó a controlar ni el 25% de los diputados constituyentes. El grupo mayoritario u obregonista ganó las votaciones con un 70% o más, de los votos emitidos.

Era tan grande la fuerza del grupo mayoritario del Constituyente, que cuando la discusión del artículo 3o., ni con su presencia pudo Carranza lograr que variara la votación. Alrededor del 80% de los diputados votamos por el proyecto de la Primera Comisión de Reformas, contrario fundamentalmente al presentado por el Primer Jefe.

Cuando se repasan el proyecto de Constitución presentado por Carranza y el texto de la promulgada el 5 de febrero de 1917, se concluye que el Primer Jefe fue derrotado en Querétaro. Su única victoria consiste en haber promulgado sin protestar, una Constitución que fue mucho más allá de lo que él había previsto.

Sin la influencia de Obregón y sin su apoyo decidido a los diputados radicales de Querétaro, otra hubiese sido la suerte de la Constitución. No hubieramos tenido ni artículo 27, ni artículo 123, ni 115 ni 130. Es decir, se habría perdido lo fundamental de las reformas revolucionarias. (Los ar-

tículos 27 y 123 se redactaron en la casa del diputado Pastor Rouaix. Quienes más intervinieron en ello fueron el propio ingeniero Rouaix y los abogados Lugo y Macías).

He repasado al azar los discursos del general Álvaro Obregón, publicados cuidadosamente y con cariño por uno de sus fieles subalternos: el general Joaquín Amaro. Cronológicamente voy a tomar algunas frases suyas, que demuestran cómo fue formándose la ideología del general Obregón, a través de las luchas libertarias de México.

Antes de transcribir las frases a que aludo, insertaré dos párrafos de la carta que el 10 de diciembre de 1916 nos dirigió a todos los diputados constituyentes de Querétaro:

Con mi carácter de ciudadano y revolucionario, declaro: Que no hemos sido el señor Acuña, ni el señor licenciado Estrada, ni el señor licenciado Aguirre Berlanga, ni yo, sino la *conciencia nacional*, la que ha exigido y seguirá exigiendo al grupo de diputados revolucionarios radicales el cumplimiento del deber.

Yo espero que, como hasta hoy, no se apartará de la conciencia de cada revolucionario honrado, la siguiente sentencia que dicta el deber:

que se mutilen y sucumban los principios por los hombres.

Del discurso pronunciado por el general Obregón en Piedras Negras, el 3 de noviembre de 1915, tomo lo siguiente:

Y es ahora, cuando Carranza hace sus jiras por donde nuestros ejércitos victoriosos pasaron la bandera de la ley y llega a esta frontera, cuando levantando su brazo muy alto, les dice a los pueblos de la América: esta es la antorcha con que he señalado al pueblo el camino que había extraviado, la ruta que nos habían marcado nuestros antepasados y que llevará al pueblo mexicano a las conquistas de sus verdaderas libertades.

En junio de 1916 dijo a las multitudes:

El árbol de la libertad aquí y en todos los países, ahora y en todos los tiempos, para fructificar ha necesitado que se le riegue con sangre.

Al iniciar sus labores la Academia de Estado Mayor, decía en octubre de 1916:

Los pueblos se pacifican con leyes, y las leyes se defienden con rifles.

Y más adelante:

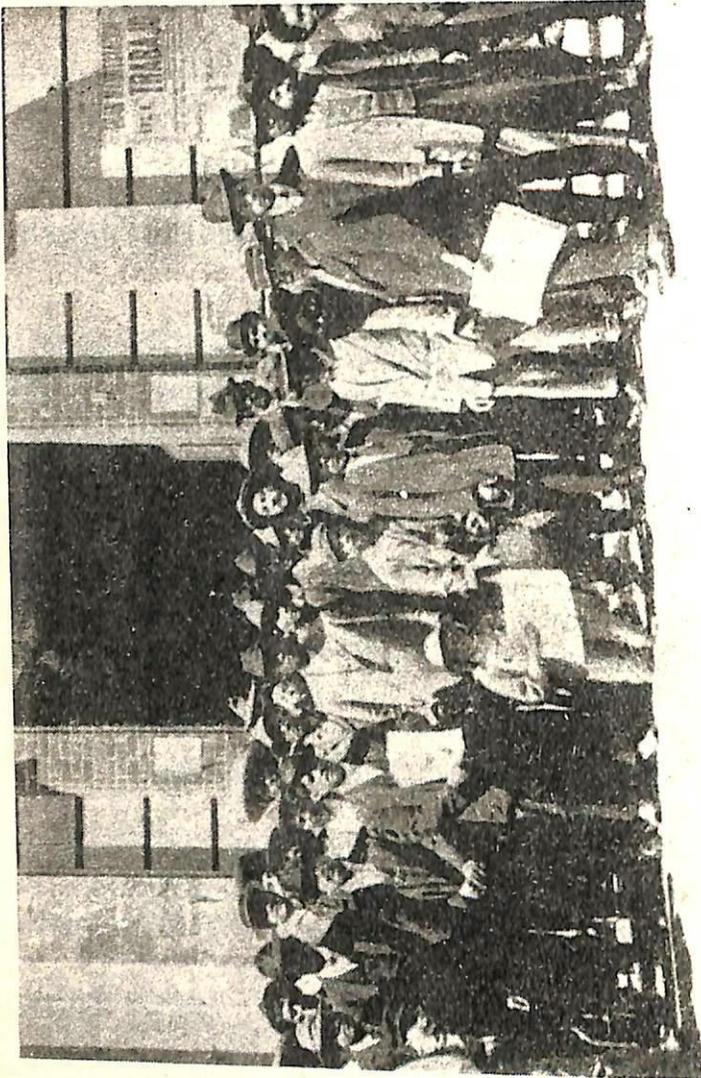
Pero esas leyes y decretos que forzosamente deben tener un fondo social para favorecer a las clases trabajadoras, explotadas y oprimidas, lastiman necesariamente intereses que se crearon a la sombra de gobiernos inmorales y se acrecentaron con las lágrimas del sufrimiento de nuestro pueblo.

Como candidato para presidente de la República dijo en Hermosillo a fines de octubre de 1919:

Yo nunca he consultado mi capacidad cuando he necesitado servirle a mi patria. La voz del deber ha sido mi norma y para definir el deber he usado mi criterio; ésta es la obligación que tenemos todos los hombres honrados y con esa obligación he cumplido.

En su visita al Estado de Yucatán, dijo el 10 de septiembre de 1920 a los trabajadores:

El socialismo es un ideal supremo que en estos momentos agita a toda la humanidad. El socia-



lismo es un ideal que debemos alentar todos los hombres que subordinamos nuestros intereses personales a los intereses de las colectividades. El socialismo lleva como mira principal tender la mano a los de abajo, para buscar un mayor equilibrio entre el capital y el trabajo, para buscar una distribución más equitativa de los bienes con que la naturaleza dota a la humanidad.

Después de ejercer el poder durante cuatro años, de 1920 a 1924, periodo lleno de dificultades e inquietudes para su gobierno, Obregón decía ante un grupo de ciudadanos, el 3 de agosto de 1924:

Quando la confianza popular en las elecciones de 1920, depositó en mis manos el Supremo Poder de la República, llegué con la deslumbradora ambición de llevar a cabo una labor efectiva y positiva de engrandecimiento para nuestro querido pueblo. Hoy, lleno de tristeza y de amargura, veo que todo aquel tesoro de mis ilusiones era muy grande para lo que realmente he podido llevar a la práctica.

No se puede hablar con mayor sinceridad. Era un autorreproche.

El soldado revolucionario, el estadista sereno y austero, es un amoroso padre de familia y siente a veces la nostalgia del hogar. Entre sus discursos se encuentra uno, que pronunció para agradecer la fiesta que su señora esposa le daba con motivo de su cumpleaños. He aquí el último párrafo:

Para terminar, reiterándoles nuestro reconocimiento, quiero pedirles un aplauso cariñoso para la compañera de mi hogar, que dando un alto ejemplo de abnegación y de virtud, cuando su esposo ha ido al campo de la lucha armada o al campo de la lucha política a sortear los azares que esta clase de actividades nos presentan, ella, ignorando la suerte que habrá de correr, con singular abnegación y atenta a sus deberes, se ha quedado laborando en su hogar, llenando sin reservas la noble y elevada misión de esposa y madre.

Hablando a las mujeres campesinas de Santa Cruz de las Flores, el 30 de julio de 1927, recordó la época risueña de su juventud diciendo:

Los que tenemos la experiencia de lo que significan las necesidades de trabajo...

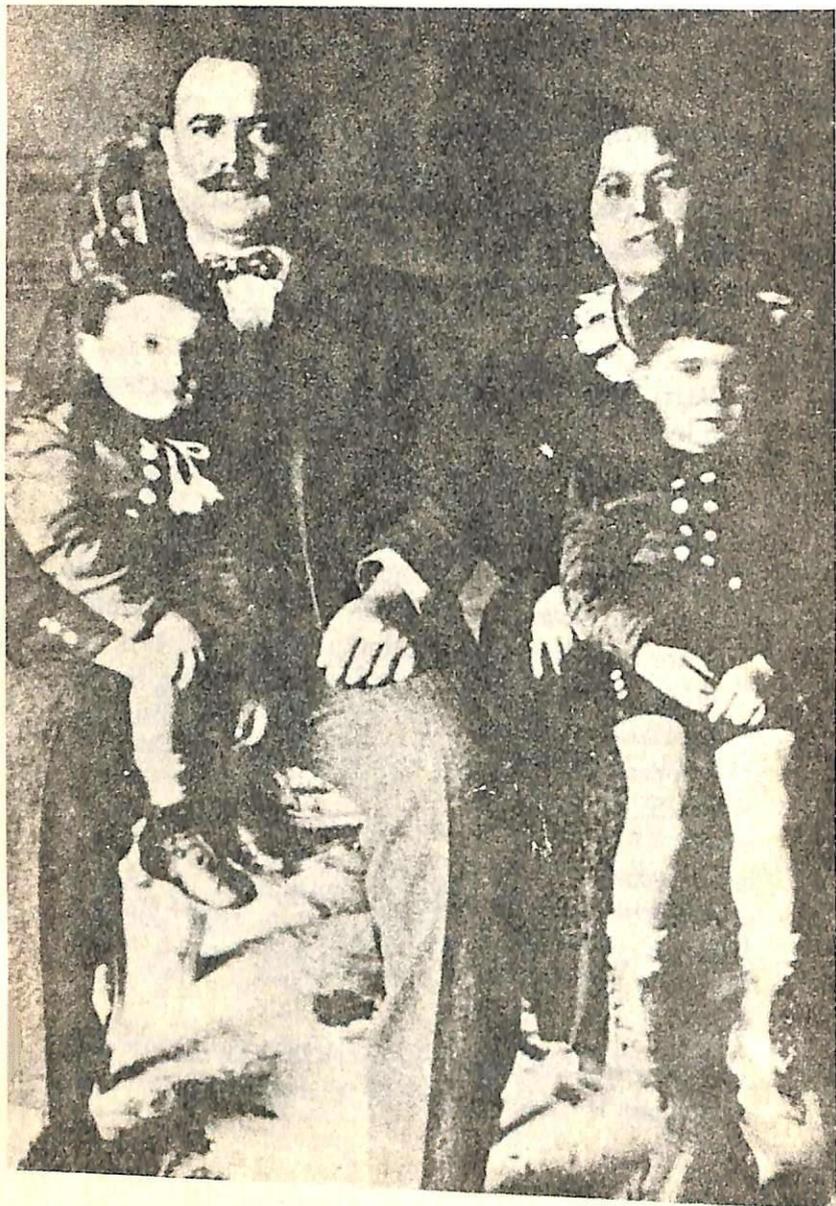
Por último, he aquí algo de los grandes pensamientos que de cuando en cuando aparecen en sus discursos improvisados. Es de agosto de 1927 y lo pronunció en Zitácuaro Mich. . .

Desdichados de aquellos para quienes la verdad constituye una injuria.

Y cuando de nuevo había sido electo presidente de México, dos días antes de morir, decía estas significativas palabras:

Ahora sólo tenemos por delante el inmenso volumen de responsabilidad que hemos asumido, y no habremos cumplido como buenos ni correspondido al honor que el pueblo nos ha hecho, si no nos dedicamos esos seis años, a trabajar perseverantemente, a trabajar honestamente, para hacer tangibles, dentro de un sentido práctico, todas las promesas que hiciera al pueblo la revolución.

Se ve, pues, que siempre estuvo a la altura de su deber. Para definir su posición ideológica, tuvo que luchar en todos los campos: el de la guerra, el político, el social. Después de actuar mucho y de reflexionar acerca de todos nuestros problemas,



sólo tenía un afán: "Hacer tangibles, dentro de un sentido práctico, todas las promesas que hiciera al pueblo la revolución".

Cerebro y corazón eran las dos grandes dotes de don Álvaro. Cerebro pujante, que dábale agilidad de pensamiento y hacía concebir ideas generales. Vasto cerebro, con prodigiosa memoria. De haber estudiado un poco más, el general Obregón hubiese sido uno de los más grandes pensadores de la época.

Corazón bien puesto. Hidalgo y desinteresado. Era valiente y amigo de veras. Noble y gentil. Amó al pueblo, a su esposa y a sus hijos. Amó a su patria y por ella hubiese ofrendado orgullosamente la vida. Se cuenta que al discutir con el general norteamericano Scott la difícil situación creada con motivo de la entrada de Villa a Columbus, el general extranjero le dijo:

—Ya me están cansando estas conferencias.

—A mí también, le respondió Obregón. Estoy deseoso de demostrar a usted en qué forma sabemos pelear los mexicanos, después de la práctica que nos ha dado la revolución.

Se formaría un grueso volumen, refiriendo todas las anécdotas de la vida del general Obregón, de sus respuestas ingeniosas y sus frases lapidarias. Todo se va perdiendo. Antes de que desaparezca

definitivamente el eco de sus palabras, valdría la pena intentar la recolección de lo que algunos recuerdan.

Dentro del corazón generoso de don Álvaro alentó muchas veces toda el alma de la patria mexicana. Así en los combates celebres de Santa Rosa y de Santa María. Así al tomar Guadalajara. Así en las memorables jornadas del Bajío. Fue justo y oportuno Chucho Urueta, al telegrafiar al general Obregón después de la amputación del brazo:

El hecho brutal es un dolor que disminuye, el hecho ideal es una aspiración que engrandece. Perdido el brazo, acreciéntase tu alma y tu alma en estos momentos entraña el alma de la patria, que convierte en gloria el envidiable dolor de su hijo.

Examinando las diversas actuaciones del grande visionario, a través de sus edades, pueden obtenerse interesantes datos. Vamos a intentarlo:

No comenzó temprano; pero su existencia fue rápida y refulgente. A los treinta y dos años era presidente municipal y teniente coronel de las fuerzas irregulares de Sonora. A los treinta y tres era coronel; pero valía más que muchos generales. A los treinta y cuatro era divisionario y al frente del

poderoso Cuerpo de Ejército del Noroeste, entró a la capital de la República.

¡Gran tipo! Erguido, fuerte, bigotillo enhiesto. Tenía todas las condiciones de conquistador. Sin embargo, preocupado con el programa grande —la revolución— poco se ocupó de la metrópoli. Su uniforme sin insignias y su gorra de general, dábanle aire marcial. Era ídolo de las tropas, especialmente para los indios mayos y yaquis. Por su guapeza rivalizaba con Lucio Blanco, el moruno, que sí conquistó a la capital. Obregón no quiso entregarse a la ciudad, en parte porque la temía. Sus vicios, sus complicaciones, hubiesen debilitado al gran general para continuar la dura brega.

Años después —el 20— y ya cuando don Alvaro doblaba el cabo cuarenta, este México, D. F., sí fue suyo. Su campaña contra Carranza había sido popular. Su huida de la metrópoli, espectacular. Entonces adquirió los relieves del caudillo. Soldados, obreros y campesinos aplaudieron su triunfo arrollador.

En la Presidencia siguió siendo el hombre que medita sobre los arduos problemas del país, así como el conversador ameno y de la anécdota picante. Hizo una vida sencilla en Chapultepec. Como buen campesino, se levantaba a las seis de la mañana. A las siete y media tomaba el desayuno. A las ocho



y quince minutos —exactos— salía para Palacio. Antes de tomar el paseo de la Reforma, daba tres o cuatro vueltas por Chapultepec, en automóvil.

Muchas veces lo acompañé a Palacio por la mañana. Al pasear por el bosque, me decía:

—Este aire refrescante aviva mis ideas; si no fuera por este paseo matinal, yo no trabajaría tan a gusto de presidente.

Cuando enfilábamos hacia el centro de la ciudad, varias veces encontramos a un hombre, metódico como Obregón. Al llegar a determinado sitio, aquel viejo de traje negro y bastón amarillo, el presidente me decía:

—Saque su reloj, ¿a que son las ocho cuarenta y cinco minutos?.

¡Exactamente!

Y el viejo como reloj, todavía no sabe, cómo de seguro, que el presidente Obregón admiraba su método en la vida.

Charlabamos de todo. Sobre Centroamérica, donde yo estaba acreditado como ministro. De los amigos. De los ideales revolucionarios.

A veces gustaba de volverse niño. De correr por el bosque. De hacer lo que todos: andar a pie, tomar naranjadas en los puestos. Algunas mañanas me tocó ser juez de llegada en las carreras que jugaba con tres señoritas en el bosque, a quienes no

conocíamos ni de nombre. Es seguro que alguna de esas señoritas vive todavía. Que recuerde los años 22 y 23. Ibamos a la calzada de los poetas. Yo lanzaba el 1, 2, 3. El general corría rápido haciendo trepidar el muñón del brazo derecho y no quería perder la carrera. Era una lucha reñida. Unas veces ganaban las señoritas y otras el señor presidente.

Durante nuestros paseos por el bosque, recordaba sus épocas pasadas: su vida de agricultor, de obrero y de soldado. En 1923, como todavía no se había presentado un problema verdaderamente grave para su gobierno, me decía:

—Ya me está cansando este empleito. No da emociones fuertes y todos los días son iguales.

Pero vino el delahuertismo y entonces Obregón aseguraba:

—Ajá, con que ya me sacaron de Celaya. Van a ver que pronto los saco yo de Veracruz.

Y con las emociones de aquellas campañas, en que tuvo frente a sí al 60% del ejército, se curó de una afección de la garganta que le causaba grandes molestias.

Cuando tenía cuarenta y un años estaba en la Presidencia. Una señora le preguntó, indiscretamente, por su edad. Y él, al punto, respondió:

—Estoy en la edad del hombre público...

Desde el Palacio Nacional hizo cuanto pudo en favor de obreros y campesinos. Dignificó a los soldados. Protegió a los inválidos y a los veteranos de otras guerras. Regó profusamente la educación popular por toda la República.

En un capítulo posterior examino sus condiciones de obrerista. Deseo asentar aquí hasta qué punto era agrarista el general Obregón.

Lo llevé a Chapingo, para que examinara las obras de adaptación que se hacían a la hacienda para convertirla en Escuela. Como era jueves, lo acompañó el secretario de Agricultura, general Villarreal. Allá tendría su acuerdo con el secretario. Visitamos la Escuela. Comimos. En el momento oportuno, Pancho Bay —intendente de Palacio— le dijo:

Aquí está don José María Salido. Dice que ya le quieren quitar más tierras de la hacienda de Rosales. Que en tal caso valía más que le quitaran todo de una vez. (Esto último lo agregó con ironía).

Al acordar con Villarreal, se trató el caso de Navojoa, cuyos ejidos estaban invadiendo la hacienda de Rosales. El señor Salido, propietario y reclamante, era primo hermano del general Obregón. El secretario de Agricultura expuso:

—Aquí tiene usted dos proyectos de resoluciones presidenciales. Uno por medio del cual se to-

man de Rosales mil hectáreas para ampliar los ejidos de Navojoa y otro por el que se toma toda la hacienda.

Rápidamente y dirigiéndose al señor Bay, el general Obregón dijo:

—Déme el segundo proyecto para firmarlo. Dí a don José María que ya hicimos lo que él pedía: acabamos de tomar toda la hacienda.

Momentos después, comentaba el incidente conmigo diciendo:

Después de muertos, por esto solamente se acordarán de nosotros. Las firmas que coloco en los títulos de tierra para los campesinos, será lo único que sobreviva durante mucho tiempo, de mi paso por la presidencia de la República.

EL OBRERISTA

ERA AMIGO DESINTERESADO de los trabajadores, por que seguía sintiéndose su compañero. No había pose de ninguna especie, en su amistad con los pobres. Nunca se avergonzó de su procedencia. "Los que hemos nacido en cuna humilde", decía de sí mismo.

Su oficio fue el de mecánico y se aficionó tanto al manejo de las herramientas, que en sus mocedades pudo, con muy escasos elementos, inventar una máquina sembradora de garbanzo. Su permanencia en el taller le permitió desarrollar mucho sus músculos y era un hombre fuerte, capaz de los más duros ejercicios gimnásticos.

Desde que comenzó sus campañas, lo hizo con soldados que antes fueron campesinos u obreros. Con ellos formó su famoso Cuarto Batallón de Sonora. Esta corporación, que al principio tuvo el carácter de irregular, llegó a ser de las fuerzas veteranas del

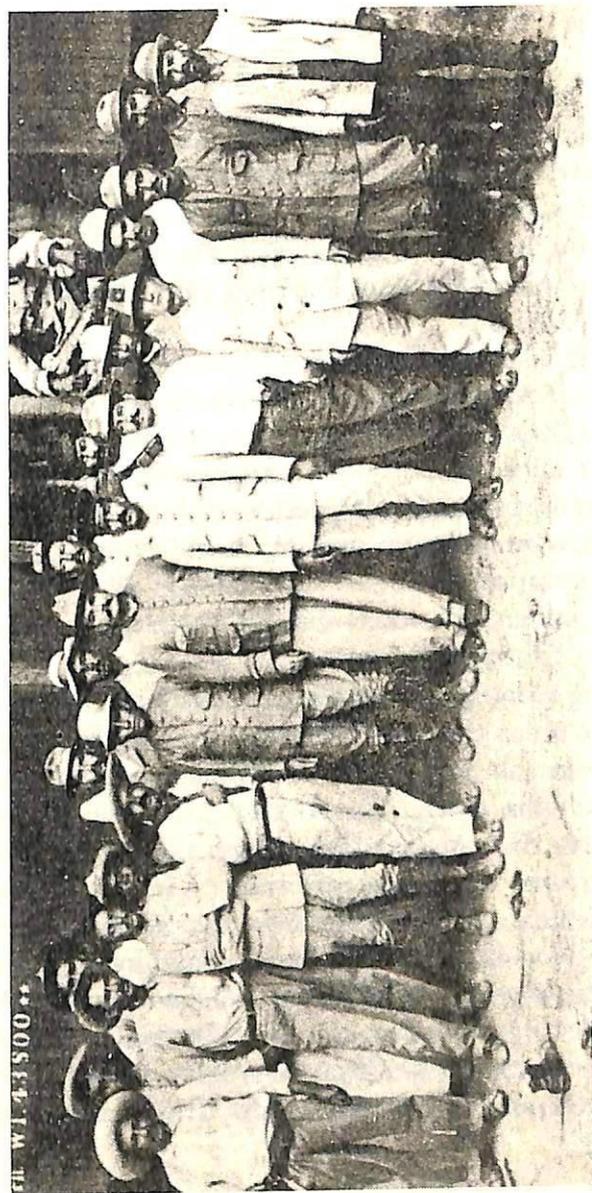
noroeste. Sirvió de escolta al Primer Jefe Carranza en 1914 desde Hermosillo hasta la capital de la República. El Cuarto Batallón de Sonora dio a muchos generales conocidos después en todo el país: Abelardo L. Rodríguez, Pablo Macías, Anselmo Armenta, Guillermo Palma, Francisco R. Manzo, Pancho Bórquez, Antonio Guerrero, Eugenio Martínez y otros más que seguramente escapan a mi memoria en estos momentos.

Durante las campañas de Sonora, en 1913, Obregón distinguió a los mineros de Cananea, incorporados en las fuerzas del entonces coronel Manuel M. Diéguez, de donde salieron jefes tan notables como el general Pablo Quiroga, el general Juan José Ríos, el general Esteban B. Calderón, el general Melitón Albáñez y muchos más, valientes guerreros.

Nunca perdió el contacto con los hombres de taller. Era muy estimado por los ferrocarrileros, a quienes trataba con deferencia y simpatía.

Al evacuar la ciudad de México, en marzo de 1915, se le unieron obreros del Distrito Federal, para completar los núcleos de batallones rojos, que a sus órdenes pelearon en Celaya y Trinidad.

En el mes de octubre de 1919, estuve con el general Jesús M. Garza —del Estado Mayor de Obregón— en las conferencias celebradas por la Ame-



rican Federation of Labor, en Laredo, con la cooperación de la Confederación Regional Obrera Mexicana. Garza y yo fuimos como espectadores. Ahí oímos por primera vez discursos de sus líderes. Tratamos también a Federico Gutiérrez y a Samuel O. Yúdico.

Al venir de Laredo a Monterrey nos tocó tomar el mismo coche que el que ocuparon los líderes de la CROM. En seguida entramos en conversación con ellos. Garza y yo veníamos a México, para impulsar la campaña presidencial del general Obregón, comisionados por el Partido Revolucionario Sonorense. Tratamos desde luego de aprovechar el concurso de los obreros, a favor de la candidatura Obregón.

Al principio, los líderes se resistían. Habían ofrecido a sus camaradas de organización, no mezclarlos en las lides políticas del país. Pero Garza no se dejaba convencer. Al contrario, al cabo de dos horas de conversación, pudo hacer que aquellos hombres se comprometieran a favor de nuestro candidato. Así fue como en su primera campaña presidencial, Obregón pudo contar con grupos organizados de trabajadores. Cuando estuvo en el poder, hubo líderes que desempeñaron cargos públicos de importancia. Obregón nunca contrajo un compromiso para no cumplirlo. Tenía una sola

palabra: como Carranza, como Calles. Apenas hacía un ofrecimiento don Álvaro y se podía contar con lo ofrecido. Magnífica cualidad ésta del gobernante. De otra suerte no se sabría a qué atenerse, en las decisiones de las altas autoridades de la nación.

Obregón fue amigo leal y desinteresado de los obreros. Cuando éstos equivocaron su camino, el general no tuvo empacho en reprocharles su conducta. Les sirvió siempre. Nunca los aduló.

Si se quiere conocer a fondo hasta qué grado fue un obrerista, que se lean sus proyectos sobre jubilación de los trabajadores y sus empeños decididos en favor del seguro obrero. Así como, tratándose de militares, era protector afanoso de sus colegas los inválidos, cuando se le tocaba el punto de los trabajadores inutilizados, por la ruda labor o por la edad, entonces propendía con todos sus argumentos a establecer medidas de jubilación. Cavilando acerca de la mejor manera de obtener de los patrones la participación en las utilidades, él concibió la idea de establecer una cuota en pago de esa participación constitucional.

Según los proyectos de Obregón, el seguro obrero podría crearse fijando un tanto por ciento (el diez) como cuota del patrón. El otro diez por ciento se descontaría a los trabajadores de sus salarios.

Reunidas las dos cuotas, se podría formar el fondo para el seguro obrero.

Indudablemente que el proyecto primitivo de Obregón, tal como se ha esbozado, adolece de algunos defectos, pero, entiéndase bien, la idea del general lleva más de diez años de lanzada. Nada se ha podido realizar en todo este tiempo. ¿Qué se hizo la "participación en las utilidades"? ¿La aprovechan de alguna manera nuestros obreros?

Por eso fue meritorio el afán del general Obregón de establecer el seguro obrero. Hubiese sido una de sus grandes realizaciones durante su segundo paso por la presidencia. No pudo ser y la incógnita permanece en pie.

Jubilaciones y seguro obrero, dos ideas complementarias fueron la obsesión de don Álvaro, en sus últimos años. Planteó él estos dos problemas, que no acaban de resolverse. Son cuestiones intrincadas, a las que falta buen material estadístico. Los estudios que acerca de ellas se han hecho hasta ahora, se resienten por sus bases: carecen de documentación segura, que garantice el debido funcionamiento de las instituciones por crear. Se ve en éstos, como en otras ideas del general Obregón, al vidente, al gran intuitivo que descubre los problemas y adivina la forma en que han de ser resueltos. Vendrá el día en que se tomen estas trascen-

dentes medidas de previsión social. Para entonces yo anticipo el homenaje al glorioso mutilado, en estas páginas recordatorias.

Hay más aún. El mérito de realizar en la práctica las conquistas sociales señaladas en el artículo 123 constitucional, corresponde al presidente Obregón. Fue durante su gobierno (de 1920 a 1924) cuando se dio paso a la organización obrera. Cuando se fundaron más sindicatos. Cuando surgieron federaciones y confederaciones de trabajadores.

En su época los obreros obtuvieron los primeros triunfos. Se prefirió a los trabajadores organizados sobre los libres. Se dictaron las primeras resoluciones legales en favor de los obreros, sentándose precedentes de gran valía. Y fue entonces, habrá que decirlo de una vez, cuando se fundó la primera Junta de Conciliación y Arbitraje.

Correspondió a Obregón cargar con toda la avalancha de insultos, amenazas y ataques violentos, por llevar a la práctica las disposiciones constitucionales del artículo 123. Se le llamó "bolchevique" y destructor de la riqueza privada. Sin embargo, don Álvaro dejó que las cosas siguieran adelante. Así pudo hacer crisis el cambio de vida, en las relaciones industriales. Desde entonces capital y trabajo vienen buscando el equilibrio, conquistando los obreros ventajas muy sensibles en sus con-

tratos colectivos, en salarios, en vacaciones e indemnizaciones. Después del gobierno de Obregón, el derecho industrial mexicano ha progresado mucho más; pero habrá que reconocer en él al implantador de la reforma social obrera en nuestro país.

Las luchas que tuvo que sostener contra enemigos políticos, su continuo batallar en la cuestión social y la campaña militar de 1923-1924, hicieron que el general Obregón se volviera viejo en cuatro años de presidencia. Quienes lo vimos en 1920 lleno de esperanzas, optimista, extrañamos encontrarlo tan acabado en 1924. Había engordado mucho y se le notaba en el semblante una gran fatiga. Sus amigos íntimos lloraron la partida. Iba de nuevo al campo, a reponer las gastadas energías.

La vida de agricultor lo rejuveneció. Durante su segunda campaña política había ganado en fuerzas y en salud. Otra vez volvía, con anécdotas y frases punzantes, a interesar a todos. Su inteligencia renacía con el antiguo vigor.

Así fue la existencia fecunda del glorioso militar. Una serie continuada de luchas. Duro fue el bregar y grandes las victorias. Ni las decepciones que le causaron sus malos amigos ni la realización incompleta de sus ideales, lo hicieron cejar nunca. Iba siempre hacia adelante. Nada podía detener su paso.



La ideología de Obregón, como toda la de la Revolución Mexicana, puede quedar comprendida en una breve frase, que ha sido, es y será, el ideal más puro de los verdaderos revolucionarios: el mejoramiento colectivo de los campesinos y de los obreros de México.

OBREGÓN, MILITAR

JUAN DE DIOS ROBLEDO

I

A MEDIADOS DE ABRIL de 1912, Álvaro Obregón empezó su carrera militar.

Era en aquel año presidente municipal de Huatabampo, por ser el vecino más conspicuo. Tenía reputación de valiente y enérgico. Su jovialidad y buen carácter le hacía amigos en toda la región. Como los orozquistas amenazaban invadir el Estado de Sonora, el gobierno requirió, por una circular, el concurso de todos los presidentes municipales del Estado, para que dieran hombres, en calidad de soldados voluntarios, con que repeler la agresión. Es probable que las obscuras voces interiores que habían hablado en el alma de Obregón, sin lograr despertarla, cuando la lucha de Madero contra Porfirio Díaz, sonaran ahora con tal claridad que fueran bastantes a enseñarle un camino luminoso de gloria. Inmediatamente marchó a Navojoa para conferenciar con el enviado del gobierno

y ofreció integrar, él solo, un batallón. No iba a enviar a sus hombres a las órdenes de extraños; él mismo los conduciría. Se aceptó con beneplácito tan generoso como espontáneo ofrecimiento.

Dióse a reclutar soldados alrededor de su amado solar de Huatabampo. Él mismo dice que los encontró, todos agricultores; casi en su totalidad de sangre indígena, yaquis y mayos. Su contacto con los indios había sido íntimo y cariñoso; se internaba en las sierras fragosas y ásperas, en largas cacerías, mirando al indio como a un compañero, como a un hermano. Hablaba su lengua cahita, en la que tenía para los indígenas la miel de la frase amistosa.

Reunió 300 hombres. Esta pequeña fuerza fue la base de su grandeza militar; constituyó con ellos el Cuarto Batallón Irregular de Sonora, teniendo por capitanes primeros a Eugenio Martínez y Antonio Guerrero. El primero de éstos, viejo soldado, iniciaba al batallón en las maniobras militares y en los rituales de la disciplina.

Como preparación militar, Obregón poseía el instinto campesino indispensable para orientarse en cualquier región; sobre todos los terrenos, su mirada de águila abarcó una visión especial, necesaria a los grandes capitanes, mirando los paisajes como palenques de lucha. Llegó a conocer casi toda la

República y a dirigir desde lejos operaciones militares difíciles, con una precisión consciente y genial.

Era un certero tirador de rifle. Buen nadador; de a caballo; vigoroso y andarín; ágil y fuerte; sano y jovial; inteligente y resuelto. Había en él la envoltura humana indispensable para ser un gran soldado. En su espíritu surgían, con frecuencia, las llamaradas del genio que asomaban en relámpagos por los ojos claros y penetrantes.

Su primer jefe fue el general de línea Agustín Sanginés. Pronto Obregón se hizo estimar de este veterano, por su actividad y sus dotes naturales. Sanginés comprendió que estaba bajo sus órdenes un soldado de empuje. Le miraba encontrar en cada hecho una enseñanza; le veía sorprender un campo de batalla en cada terreno. Fiado en la iniciativa de su subordinado, le hizo jefe de la caballería en la columna.

Pasó Sanginés de Sonora a Chihuahua. En la hacienda de Ojitos se libró una batalla contra los orozquistas; el teniente coronel Obregón actuó como jefe de la caballería. Pero antes del combate, cuando ya los clarines avisaban en su lenguaje de bronce: enemigo al frente por la izquierda y por la derecha, quiso arengar a sus hombres del Cuarto Irregular, disculpándose de no combatir

junto con ellos porque las órdenes del general en jefe, lo enviaban a otra parte. Tal vez hubiera sido para él más satisfactorio pelear entre los suyos, cuyos nombres sabía de memoria, uno a uno, y cuyos semblantes le eran queridos y familiares.

Al frente de su caballería batió a los orozquistas, y, más allá de las órdenes del general en jefe, los persiguió y les quitó todos los cañones.

No tuvo, como César, vacilaciones en sus principios; marchó derecho por el sendero de su destino, conquistando al primer combate una reputación que de allí en adelante jamás tuvo flaquezas.

Llegó la columna de Sonora hasta el corazón del Estado de Chihuahua. Acampados en la estación de Sabinal, en la vía del ferrocarril que corre de Chihuahua a Ciudad Juárez, recibieron los hombres de Sanginés la visita del entonces general en jefe, Victoriano Huerta. Sanginés presentó a Huerta al teniente coronel Obregón en términos elogiosos:

—Mi general —dijo Sanginés—, presento a usted al teniente coronel Obregón que quitó la artillería al enemigo en la batalla de Ojitos. (Sobrio elogio de soldado).

Huerta contestó estrechando la mano del alcalde de Huatabampo:

—Ojalá que este jefe sea una promesa para la patria.

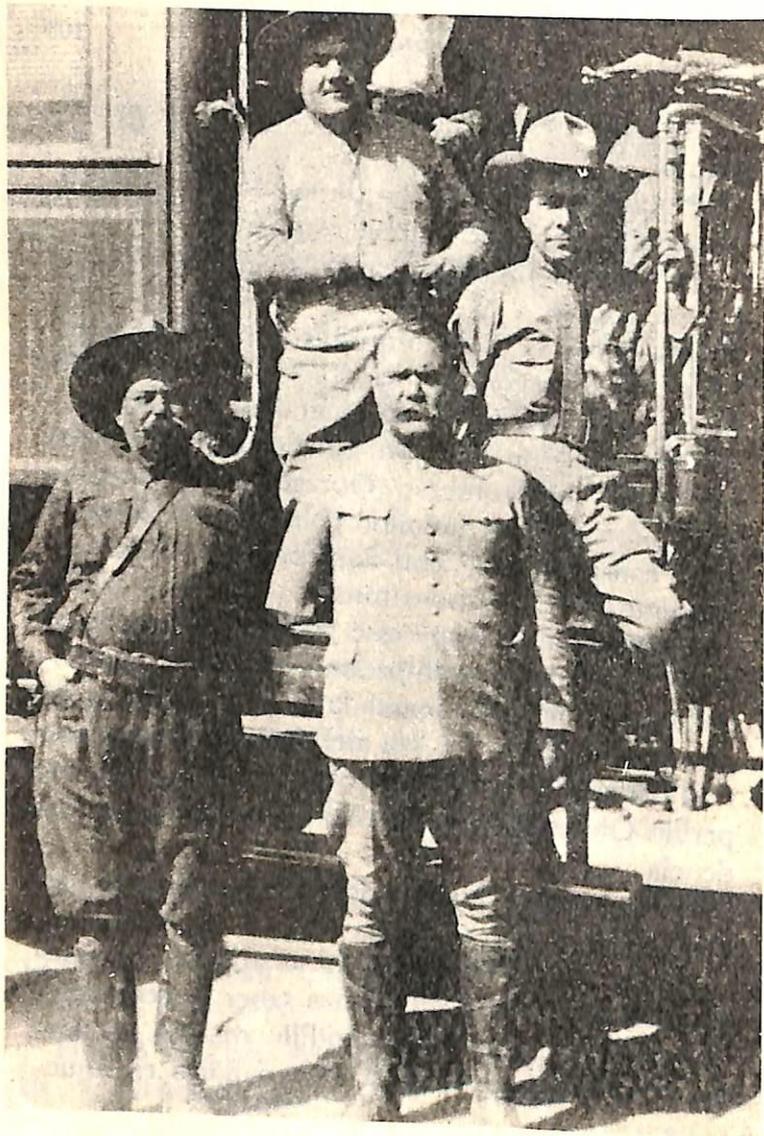
Probablemente ninguno de los dos sintió el alejamiento del destino que sobre ellos pasaba.

De Ciudad Juárez embarcó Sanginés con su columna rumbo a la población sonorensa de Agua Prieta, porque 1 000 orozquistas amenazaban aquella plaza. Obregón fue destacado con 150 infantes de los reclutados por él en Huatabampo, para proteger la plaza de Nacozari. El enemigo amenazaba el pueblo de Fronteras. Obregón pidió permiso para proteger esta humilde población, y, de mala gana consintió el general Sanginés por ser un movimiento que juzgó aventurado.

Estando allí, se supo que 900 orozquistas mandados por Salazar acampaban a unos cuantos kilómetros repeniéndose de una larga jornada, antes de atacar Fronteras. La vía del ferrocarril era una retirada segura y prudente contra enemigo tan superior. Obregón ni siquiera volvió sus ojos a la prudencia.

El chizpazo del genio levantó la llama de su audacia.

Formó a sus hombres; les manifestó la superioridad del enemigo. Les hizo saber su resolución de atacarlo. Su alma de caudillo rompió las normas militares, invitando a acompañarlo en aque-



lla aventura, a quienes quisieran hacerlo, ya no como soldados sino como hombres valientes. El magnetismo del valor le devolvió un sí heroico en la boca y en el corazón de cada soldado.

El presidente municipal Aniceto Campos y 34 vecinos, sintieron también el contagio de aliento y de gloria y se brindaron a acompañarlo con las armas que tenían para resguardar sus hogares. Obregón, caballerosamente, no quiso aceptar aquel sacrificio:

Quédense ustedes a resguardar sus hogares, aquí dentro del pueblo. Nosotros somos soldados y tenemos la obligación de acometer al enemigo porque nuestra misión no es dar la espalda. Ustedes tienen otra misión que cumplir: la de cuidar el honor y la seguridad de sus familias.

En un tren embarcó el puñado de valientes y llegó hasta la hacienda de San Joaquín, donde estaban los orozquistas, produciéndole la sorpresa y audacia. Uno contra cinco, en lucha ardua y desigual, los hombres de Obregón vencieron. Los actos singulares de heroísmo fueron innumerables. Los orozquistas derrotados huyeron del campo y abandonaron en pocos días el Estado de Sonora.

En San Joaquín— primera vez que Obregón obraba por su propia cuenta, sin cumplir otras órdenes que las que le dictaba su espíritu, quedó fincada su grandeza. Tuvo la audacia oportuna que separa a los triunfadores de los mediocres y de los fracasados. Derrotado, hubiera recibido la reprimenda de su superior o hubiera perdido la vida. Vencedor, forjó el primer eslabón de una larga cadena de triunfos que lo llevó desde los áridos campos del norte de Sonora hasta las calles majestuosas de la ciudad de México.

II

CIERTA VEZ oí decir al general Diéguez: “El general Obregón reclutó mucha gente entre los indios, pero todos eran soldados rasos. La gente que reclutamos en el norte de Sonora eran todos jefes y oficiales”.

Tenía razón el divisionario jaliscience: con él, con Calles y con otros jefes que se levantaron al norte, caminaron los blancos; los criollos; los obreros de las minas; los vecinos de cada lugar fronterizo, medianamente ilustrados y conscientes. Todos hombres que por su preparación formaron el cuadro de jefes y oficiales en el Cuerpo de Ejército del Noroeste.

Con Obregón estaban en sus primeros hechos, los taciturnos y misteriosos indios del sur de Sonora y del norte de Sinaloa. Yaquis y mayos de pómulos abultados; de ojos orientales, astutos y pequeños; de hombros anchos, estatura aventajada, caderas

angostas y paso largo y flexible. Lo acompañaron siempre con una silenciosa fidelidad que glorifica a esa raza próxima a desaparecer.

El general Obregón fue herido en el brazo derecho por un casco de metralla, sobre el ancho campo donde ocurrieran las batallas de Trinidad y de León; la noticia se divulgó rápidamente entre todas las fuerzas. Muchos yaquis y mayos abandonaron las trincheras y escaparon hasta el carro del ferrocarril en donde estaba el general en jefe. Su inquietud, y el humilde cariño que asomaba en los ojos misteriosos eran conmovedores. Fue menester que los oficiales del Estado Mayor les permitieran ver al ilustre herido, para calmarlos. Temían que el espíritu avezado de los blancos les ocultara una verdad mucho más amarga. Cuando vieron que Obregón vivía, regresaron llenos de silenciosa esperanza a sus puestos de combate. Dos días más tarde atacaban con un empuje de leones. Toda la sangre de sus enemigos les parecía poca para vengar a su jefe y camarada.

Algunas veces, en su táctica, el genio de Obregón se inspiró en las prácticas guerreras de los indios. Usó un sistema especial de fortificaciones llamado "lobera", que consiste en un pequeño foso individual donde se ocultaba cada soldado, supliendo a las laboriosas líneas de trinchera continua.

Cada hombre traía a la cintura el instrumento necesario para hacer su fortificación. Los indios, ancestralmente, usaban de esta defensa. Obregón pudo burlar los asaltos de las caballerías de Villa haciendo rápidos cuadros de infantería con las loras que le enseñaron los guerreros de las milenarias tribus indígenas.

Estos indios aman la guerra por instinto de raza, hereditario. Cuidaban del parque con que se les dotaba, solícitamente no les causaba molestia alguna el peso de los cartuchos; gustaban decorar su figura airosa con cuatro cananas, brillantes de tiros: dos a la cintura y otras dos colgadas una de cada hombro, atravesándolas encima del pecho. Sobre el sombrero, plumas de gallo negro o de pavo real.

Mandando Obregón numerosas tropas originarias de toda la República, nunca se olvidó de sus yaquis y de sus mayos. Era para él un placer visitarlos en sus cuarteles o en las líneas de batalla en las primeras horas de la mañana, trabando conversaciones ingenuas y pintorescas sobre temas de guerra o platicando añoranzas de las vegas sonorenses enmarcadas en montañas rojizas.

Cuando la rebelión delahuertista rompió la paz de la República, siendo ya presidente, una mañana al salir el sol, el general Obregón visitó un cuartel

de indios explicándoles en su lengua que el enemigo los forzaba a dejar la paz y que pronto saldrían a librar batallas. El entusiasmo de los indios fue indescriptible: daban gritos de júbilo y saltaban infantilmente, como al anuncio de una fiesta.

Algunas veces el imperio de la disciplina se tornaba duro para aquellos espíritus rudos y primitivos. Cuando la marcha sobre Aguascalientes, ordenó el general Obregón que los pocos trenes disponibles fueran ocupados por las infanterías originarias de distintos lugares del país, mientras los yaquis marcharían pie a tierra hasta el punto designado para la reconcentración. Un jefe yaqui se acercó al carro del general Obregón reprochando airadamente que los yoris fueran acomodados en los trenes, mientras ellos iban a soportar las penalidades de una larga marcha. Brilló un relámpago de ira en los ojos del general, acostumbrado a obediencia sin réplica. Las palabras salieron de su boca cortantes y precisas: "¿Quieres morir, Chito?", le dijo. El indio bajó la cabeza, entre avergonzado y temeroso. Entonces el general Obregón cambiando de tono le explicó afablemente la escasez de trenes y le dijo que su orden obedecía a que el yaqui era mejor para caminar que el *yori*; no quedaba cansado o aspeado a la orilla de los caminos como ocurría con los demás infantes. El

indio obedeció en silencio.

En cuanto a los yaquis llamados "brancos", los irreductibles que hacen su vida propia en la sierra del Bacatete, el general Obregón hizo siempre esfuerzos para atraerlos. Logró por temporadas entablar relaciones amistosas con la tribu. Pero siempre vencieron las impresiones añejas de desconfianza y el sentimiento huraño que aparta a aquella brava raza del resto de México.

III

DECÍA EL GENERAL Obregón que el hombre más valiente era el que mejor dominaba su propio miedo. Me inclino a creer que esto, en sus labios, no era más que una galante frase de aliento para el espíritu de los demás. Hay valientes que efectivamente lo son por vergüenza y por disciplina de espíritu, pero hay quienes lo son de un modo natural. Obregón era de estos últimos.

El valor, en el militar, va acompañado de un optimismo que le hace pensar en todos los hechos del momento, menos en la posibilidad de morir. Es algo de optimismo y de fatalismo combinados. El vencedor de Celaya era optimista y era fatalista.

Cuando sitiaba Mazatlán, el cañonero enemigo "Morelos" encalló cerca de un islote llamado Isla de Piedra. El general Obregón encontró luego la oportunidad para batir, desde el islote, al crucero de los federales, que parecía inaccesible en

medio del mar. No quiso encomendar la empresa a oficial o jefe alguno. Él en persona pasó a la isla, primero en calidad de explorador, y después con un cañón ligero y 100 hombres, hasta obtener que el barco, bajo sus fuegos, hecho una criba, cayera de costado.

Mientras permanecía en la Isla de Piedra todos los cañones de la escuadra y de la guarnición hicieron llover sobre él balas y granadas que soportó con alegre espíritu; tan sereno y contento como cuando en sus campos de garbanza le sorprendían los hilos mansos de las lluvias. Lo arrastraban a estos actos heroicos su natural fogoso, su valor nunca desmentido y probablemente una convicción íntima de que, quien manda a los demás hombres a la muerte, debe estar siempre pronto a darles el ejemplo.

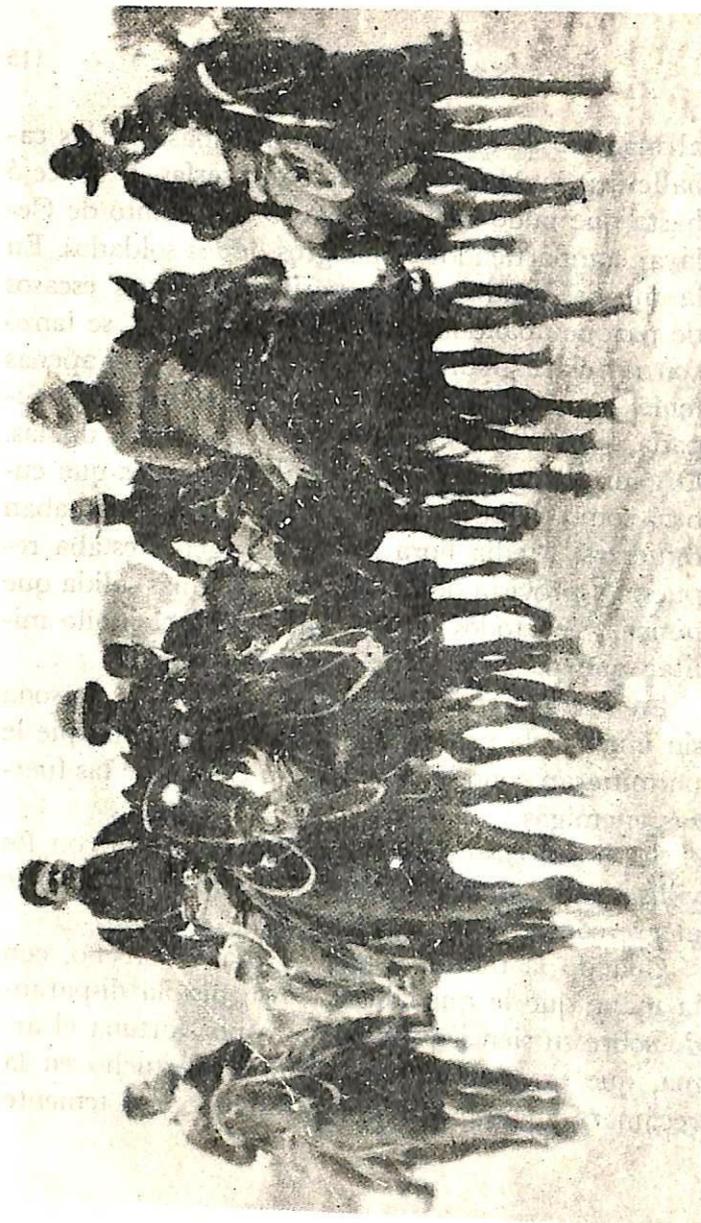
El día 6 de abril de 1915, al iniciarse la batalla de Celaya, le avisaron que su vanguardia de caballería, a las órdenes del general Maycotte, se hallaba muy comprometida en el rancho del "Guaje", por el ataque de tres grandes columnas de caballería enemiga. Inmediatamente salió con infanterías en un tren para auxiliar a Maycotte. Extremó sus actos de arrojo hasta el punto de encontrarse su convoy rodeado de enemigos que disparaban casi a boca de jarro. Sin embargo, ordenó

al maquinista que retrocediera, al paso de las caballerías de Maycotte para protegerlas, y no cejó hasta que pudo salvarlas dentro del recinto de Celaya, compartiendo los peligros de los soldados. En la misma batalla, como varios batallones escasos de parque abandonaron la línea de fuego, se lanzó con un clarín llamado Jesús Martínez que apenas tenía 10 años de edad, hasta la trinchera desocupada, y ordenó al pequeño soldado tocara dianas. Organizó a unos cuantos hombres con los que cubrió como le fue posible la línea mientras llegaban refuerzos. Media hora después su gente estaba repleta y provista de parque, la línea más sólida que nunca, y en todos los espíritus había el júbilo militar que precede a las grandes victorias.

En los campos de León verificaba en persona sin importarle peligro alguno, exploraciones que le permitieran conocer la situación exacta de las fuerzas enemigas.

Se dio el caso de encontrarse mezclado con los villistas. En estos trances estuvo siempre lleno de alegre confianza.

Cuando la metralla segó su brazo derecho, con la mano que le quedaba, sacó su pistola disparando sobre su sien izquierda; pero por fortuna el arma, que era automática, no tenía cartucho en la recámara y entonces le fue recogida por el teniente



coronel Garza, mientras el del mismo grado Aarón Sáenz, se apresuraba a procurar auxilios médicos. Obregón explica este intento de suicidio, diciendo que: "como creyó que su herida era mortal, quiso ahorrar a sus amigos el angustioso espectáculo de una agonía prolongada". Sus palabras parecen las de un romano en los tiempos de acero de la República.

Su última campaña fue contra la rebelión delahuertista a fines del año de 1923 y principios de 1924, cuando ocupaba la presidencia de la República. Quiso salir a la lucha inmediatamente, y uno de sus médicos le manifestó que, como tenía un principio de afección cardíaca, consideraba que podían causarle daño las emociones de la campaña. Contestóle risueñamente el general Obregón:

Doctor, para mi la guerra no es una fuente de emociones, sino un trabajo que aunque proporciona algunas molestias da también muchas satisfacciones. Creo que según su diagnóstico, lo que no podría hacer, sería volverme a casar. ¡Esas sí son emociones fuertes!

Durante la misma rebelión, cuando había mandado a las fuerzas para batir a los infidentes de oriente, quedó en Irapuato cierto día con una es-

colta de 200 hombres. Un amigo personal, originario de Guadalajara, requirió al oficial de guardia para que despertara a las 12 de la noche al señor presidente, por tener cosa muy urgente que comunicarle. Recibió con semblante agradable al intempestivo visitante, que venía rumbo de Michoacán y se había dado cuenta de que el general rebelde Buelna con 2 000 hombres, estaba a media jornada de Irapuato.

El general Obregón le preguntó a su amigo si Buelna sabía que él, el presidente de la República, se encontraba en Irapuato. Se le respondió afirmativamente, y que era probable que a esas horas viniera en camino sobre la población. "No lo creo —contestó el general Obregón—, si sabe que estoy aquí debe pensar que cuento con una fuerza competente y no se atreverá a atacarme. Vamos a dormir tranquilos". Y se volvió a sus habitaciones en el carro presidencial, durmiendo con toda calma hasta las primeras horas del día siguiente. Buelna no se atrevió a atacarlo.

Durante la campaña del Bajío, después de la batalla de Celaya, tuvo la excentricidad de vestirse de charro, con sombrero jarano y chaqueta hecha con gamuzas de cabra. Cierta vez me permití preguntarle si usó ese traje porque, habiendo tantos charros en el Bajío se aplicó el principio de que, "a

tierra que fueres haz lo que vieres". Contestóme rápidamente: "No, compañero: es que Villa me ha bautizado con el apodo poco varonil de "el perfumado", y yo para desmentirlo, necesitaba oler a chivo".

Ya terminada la campaña, cierta tarde en Querétaro estaba en la oficina de la comandancia militar de la plaza conversando con el general Manuel M. Diéguez. Se acercó un mayor a solicitar de él le firmara personalmente un salvoconducto para que no lo desarmaran en la plaza de San Luis Potosí, exponiendo que la última vez que estuvo en aquella población le fue recogida su pistola por las autoridades militares. "Compañero, contestó el general Obregón, si le quitaron a usted la pistola siendo un jefe militar, más facilmente le quitarán el salvoconducto. Al jefe que se deja quitar la pistola pueden quitarle todo. No quiero servirlo". Nunca sintió simpatía por los militares a quienes consideró sin la entereza debida.

Si el valor fue una cualidad en la que abundó hasta sobresalir entre miles de valientes que formaban su ejército, la penetración que tenía como militar, era un raro atributo de su persona.

El día 1o. de junio de 1915, como a las 7 de la mañana, cuando conversaba con algunos civiles que habían ido a visitarlo en su campamento de



Trinidad, oyóse de pronto un fuego de fusilería extraordinariamente violento frente a la línea cercana que cubría la misma estación de Trinidad. Se suspendió la conversación y el general Obregón se quedó meditando algunos minutos, y de pronto dijo:

—Señores, vamos a desayunar, porque esto no es más que un ataque falso. Luego dirigiéndose a uno de los oficiales del Estado Mayor, ordenó: —Diga usted al telegrafista que se comunique con el general Murguía y le diga que tengo sospechas fundadas, de que el enemigo va a intentar un ataque contra él. Murguía hallábase en la retaguardia, a 12 o 13 kilómetros de distancia del lugar donde arreciaba el fuego enemigo.

Interrogado por alguien sobre qué noticias tenía para ordenar ese aviso al general Murguía, contestó: “Al escuchar el fuego de nuestra línea de frente, me dí cuenta de que es demasiado vivo e intempestivo para un ataque real. Estoy seguro de que se trata de llamarnos la atención por este lado ocultando el movimiento de Villa sobre las caballerías que están a nuestra retaguardia”. No terminaba el desayuno cuando un oficial vino a comunicarle que el general Murguía quería conferenciar con él, avisando que considerables columnas de caballería iniciaban en su sector el ataque. Cuan-

do el general Obregón llegó a la mesa del telegrafista, la comunicación estaba cortada y comenzaba la batalla de Nápoles librada por los generales Castro y Murguía contra Villa.

Durante la lucha de la rebelión delahuertista, los disidentes habían ocupado la ciudad de Morelia, suponiéndose un avance de allí sobre Toluca, amagando después la capital. El presidente Obregón opinaba que no se atreverían a éste movimiento. Envióse un avión a volar sobre Morelia para explorar los preparativos de los rebeldes. El oficial que verificó el vuelo informó que una fuerza de caballería como de 500 hombres, se movía sobre el camino de Toluca. El presidente sacó la siguiente conclusión: "Ese movimiento de 500 caballos es para engañarnos y me confirma que el enemigo volverá a Jalisco". Pocos días después las fuerzas rebeldes eran derrotadas en los linderos de Michoacán, Guanajuato y Jalisco. ejecutando los movimientos previstos por el claro talento del general Obregón.

Había veces en que su clarividencia de militar y su previsión de jefe parecían taladrar los velos del futuro. En los primeros días de julio de 1915, en la ciudad de Encarnación, Jalisco, dijo al general Diéguez:

—Voy a darle oportunidad de que tome la revancha contra Francisco Villa, del combate de la Cuesta de Sayula. Villa, a quien voy a derrotar en Aguascalientes no me resistirá ni en Zacatecas, ni en Torreón, ni en Chihuahua. Va a pasar a Sonora a reforzarse con soldados de Matorena que tiene buenas infanterías, de las que Villa carece, y de allí va a procurar venir al interior del país por la misma ruta que trajimos contra Victoriano Huerta. Dígame cuánta gente necesita usted para derrotar a Villa en Hermosillo.

Contestó el general Diéguez:

—con los 2 000 hombres que manda Angel Flores y 2 000 que le mande usted al general Calles para que pueda resistir en Agua Prieta la probable acometida de Villa, y 3 000 que yo lleve a mis órdenes, tendremos para deshacerlo en este intento que usted supone ejecutará.

—Le voy a dar 10 000 hombres —dijo vivamente el general Obregón—, y le garantizo que la batalla será tremenda.

Todo se cumplió al pie de la letra como lo había previsto el general Obregón, y en el mes de noviembre el general Diéguez tomaba la revancha de la Cuesta de Sayula en las goteras de la ciudad de Hermosillo.

... de la ciudad de Celaya en las horas de la noche de
 ... el general Obregón y en el mes de no-
 ... el general Obregón y en el mes de no-
 ... el general Obregón y en el mes de no-
 ... el general Obregón y en el mes de no-

... el general Obregón y en el mes de no-
 ... el general Obregón y en el mes de no-
 ... el general Obregón y en el mes de no-
 ... el general Obregón y en el mes de no-

... el general Obregón y en el mes de no-
 ... el general Obregón y en el mes de no-
 ... el general Obregón y en el mes de no-
 ... el general Obregón y en el mes de no-



INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA Y BIBLIOTECA
 DIRECCION ESTADAL DE BIBLIOTECAS

... de la ciudad de Celaya en las horas de la noche de
 ... el general Obregón y en el mes de no-
 ... el general Obregón y en el mes de no-
 ... el general Obregón y en el mes de no-

IV

EL GENERAL OBREGÓN, cuya eficiencia militar no tuvo preparación técnica, profesaba ciertos principios estratégicos muy personales. "Nunca hagas lo que el enemigo quiera", decía. Es decir, jamás perdió la iniciativa, ni plegó sus movimientos a estorbar simplemente los de sus contrarios. Siempre persiguió objetivos propios, modificándolos cuantas veces fuera necesario, pero llevando la iniciativa.

Cuando las famosas batallas de Celaya, aunque aparentemente Villa por su indudable acometividad realizaba ataques y tomaba la ofensiva constantemente, Obregón, acomodándose a las circunstancias, fundaba su estrategia en una aparente defensa seguida de rudos contraataques hasta encaminar los combates a los fines que él perseguía.

La segunda batalla de Celaya lo pone en el número de los grandes estrategas. No es menos

brillante que la famosa de Austerlitz, librada por Bonaparte. Para los espíritus reverentes de las cosas consagradas, esta afirmación parecerá atrevida y aún disparatada. Pero la superioridad numérica de las fuerzas de Villa sobre las del general Obregón, era mayor que la que existió de parte de las tropas de los emperadores de Austria y de Rusia sobre las de Napoleón Bonaparte. El principio estratégico aplicado por este último, dejándose envolver para debilitar las líneas de un enemigo numéricamente superior y equilibrar por una posición central la desigualdad, fue el mismo que, sin imitaciones, puso en práctica el general Obregón con una sabiduría innegables sobre su terreno y sobre su medio.

Envió toda una división de 6 000 caballos bajo las órdenes del general Cesáreo Castro, a ocultarse entre bosques distantes 7 u 8 kilómetros del lugar del combate, logrando que el enemigo ignorara la presencia de esta importante fuerza sobre su retaguardia. Supo precisar el momento oportuno en que pasó de la defensa al ataque final, con exactitud apenas igualada en las demás célebres batallas europeas.

Es muy de tomarse en cuenta que no teniendo los antecedentes de táctica propia le permitió desarrollar el combate con la misma seguridad que

un jugador de ajedrez mueve sus piezas. Su Estado Mayor fue la antena que le transmitió todas las fases de la batalla. Para la organización del cuartel general dividió en tres sectores el campo de lucha, encomendando uno al teniente coronel Aarón Sáenz, otro al teniente coronel Jesús Garza y el tercero al general Miguel Piña, jr. No tuvo en esta segunda batalla un solo quebranto o duda en sus previsiones; todo se verificó conforme su cerebro poderoso lo había imaginado.

La última batalla importante que libró contra las fuerzas de Victoriano Huerta, tuvo lugar en los puntos llamados Orendáin y La Venta, cerca de Guadalajara. Como los federales no aceptaron una vasta emboscada que les tendió, modificó sus planes inmediatamente y lanzó sus dos alas con movimientos perfectamente ocultos, sobre los flancos y la retaguardia del enemigo logrando el aniquilamiento total de la columna huertista. Los generales Manuel M. Diéguez, Lucio Blanco y Miguel Acosta supieron cumplir sus órdenes; pero la concepción estratégica y el resultado final se debieron, exclusivamente, a su genio militar.

Cuando luchó en Sonora libró dos batallas cam-pales decisivas para la revolución en aquel Estado; Santa Rosa, primero, y después Santa María. En ambas jamás plegó sus movimientos a los del

enemigo, según su personal principio, sino que logró que los generales federales realizaran y ejecutaran los que él deseaba, para derrotarlos. Si no hubiera ganado más batallas que estas dos, bastaría para que se le considerara uno de los mejores generales que registra la historia de México.

Nuestro país tiene condiciones especiales que lo hacen poco semejante a los países europeos donde han ocurrido las más grandes acciones de guerra y donde están las escuelas militares más célebres del mundo. El general Obregón comprendió esto perfectamente, con su clara visión de hombre práctico. Nunca en sus combates se le ocurrió buscar antecedentes de historia militar que lo iluminaran. Creó todas sus concepciones estratégicas.

Se ha dicho mucho que tenía aversión a los militares de carrera, y que en general los técnicos de cualquier ramo excitaban su desconfianza. Creo que no se le hace en esto justicia, por una pequeña falta de análisis y de comprensión de sus actos. A lo que el general Obregón tenía verdadero horror y aversión manifiesta, era a los teorizantes; a quienes querían resolver los hechos a base de teorías, sin la creación y la observación que sirven para conocer la fisonomía de cada problema. Al teniente coronel Gustavo Garmedia, brillante producto

del Colegio Militar, le dio el mando de uno de sus mejores batallones, el 5o. de Sonora. Al coronel José Mancillas, también alumno del Colegio Militar y preclaro jefe, le encomendó el 12o. batallón de Sonora. Estos dos jóvenes reunían a sus antecedentes estudiosos, la sangre fría, la capacidad de observación y la sagacidad militares; por eso el general Obregón los puso en el sitio que merecían. Desgraciadamente uno y otro se perdieron para la patria, cayendo en los campos de combate, pero se ganaron para la gloria revolucionaria. En cambio Obregón no quiso aceptar que el señor Carranza le impusiera un jefe de Estado Mayor, del antiguo ejército, pleno de estudios militares, pero carente de antecedentes competentes en los campos de batalla. Tenía razón: si en principio todos los hombres destinados al ejército deben estudiar su carrera, no se puede inferir que todos los que la estudian son, por eso, grandes militares. Las disposiciones naturales y las cualidades de observadores, unidas a la práctica, muy superior a todos los colegios, formaron en la Revolución jefes militares magníficos, de los cuales es el prototipo el general Álvaro Obregón.

Mientras no supiera el Primer Jefe y los que con él quedaron después de la Convención de Aguascalientes, con qué elementos iban a contar,

era muy peligroso permanecer en el interior del país ante la amenaza de las enormes fuerzas que sumaban Villa y Zapata. Hasta el general Lucio Blanco, jefe de las caballerías de Obregón, se había pasado al enemigo con la mayor parte de las fuerzas que se le encomendaron. Entonces el Primer Jefe se trasladó a Veracruz acompañado de Álvaro Obregón, y de allí organizaron el Cuerpo de Ejército Expedicionario que después se cubrió de gloria en los campos de Celaya León y Aguascalientes.

Al señor Carranza preocupaba, con razón, el éxito de la campaña futura. Había determinado poner su destino, que era en esos momentos el del país, en las manos y en el cerebro de Álvaro Obregón. Una tarde, conversando íntimamente, díjole el señor Carranza:

—General, voy a tener el gusto de enviarle unos libros que he procurado para usted. Contienen las campañas de Napoleón, las de Federico el Grande, las de Moltke y las de César. Me doy cuenta de la pesada y peligrosa responsabilidad que ha caído sobre usted. La patria pone sus esperanzas en su valor y en su capacidad militar. Puede ser que en la lectura de estos libros que le envío, encuentre usted antecedentes y enseñanzas que lo ayuden en



los momentos difíciles con que, seguramente, va a tropezar.

El general Obregón, respetuoso y jovial, contestó:

—Señor, le agradezco mucho el precioso regalo que me hace, y, oportunamente si conservo la vida, leeré esas obras evidentemente ilustrativas. Pero perdóneme la franqueza: ese momento oportuno será cuando haya pasado mi campaña contra Villa. No sea que mareado con tanta grandeza de Napoleón, de César, de Federico el Grande y de Moltke, quiera parecerme a esos grandes capitanes. Eso sería, para mí, un peligro. Además, las condiciones de México son tan peculiares, que tengo temor de dejarme influenciar por métodos y hechos que no sean factibles en nuestro medio. Yo he hecho la guerra según mi modesto entender, y le ruego me permita seguirla haciendo en la única forma en que creo obtener éxito.

Esta anécdota que oí narrar varias veces al mismo general Obregón, da perfectamente la clave de su concepto sobre las teorías con relación a la práctica. No las rechazaba. Pero, para él, eran peligrosas, cuando la naturaleza lo había dotado con el más precioso de los dones que puede otorgar a un hombre: el de crear ideas propias.

Cuentan que cuando la campaña de 1807, verificada por Napoleón contra los prusianos y coronada por la brillante victoria de Jena, alguien ofreció a Napoleón la espada de Federico el Grande, arrancada a su sitio monumental, sugiriéndole la usara en lo sucesivo. El corso, genial, contestó: "No quiero usarla. Tengo la mía".

Es probable que el general Obregón, aunque nunca lo dijo ni en la intimidad, pensara con la misma justificación de Bonaparte, que en México no había escuela militar mejor que la que él mismo hacía sobre los campos de lucha.

V

QUISO EL GENERAL Obregón relatar él mismo sus campañas. El año de 1917 publicó un grueso volumen con el nombre de *Ocho mil kilómetros en campaña*. No completó su publicación con la guerra efectuada contra los rebeldes delahuertistas en los años de 1923 y 1924.

En sus escritos militares campea un espíritu verídico. No pretende abarcar todos los hechos de armas de la Revolución, concretándose a los que él verificó y a los que dirigió como general en jefe. Para mí, su obra tiene un alto valor histórico y es, además, el mejor relato militar que se ha escrito sobre campañas ocurridas en México.

No se reduce el general Obregón hasta el punto de dejar sin explicación cómo y por qué se originaron sus hechos de armas. Es decir, cada relato militar va precedido de los fundamentos, de los motivos de la guerra. Fue altamente honroso para él no provocar jamás una contienda armada.

Su primera campaña la hizo para defender el Estado natal, como buen ciudadano. La segunda en pro de las instituciones atacadas por el cuartelazo de la Ciudadela y la traición de Huerta. En ambos casos la actuación de Obregón resulta cristalina en todos sentidos: en el humano, en el político y en el moral.

Cuando la escisión entre Villa y Carranza, tan funesta para el elemento revolucionario, ya Obregón, por su elevada posición militar y por el ascendiente político natural a su alta investidura de general de división, era un factor importante y con responsabilidad. Consciente de esto, hizo los mayores esfuerzos por evitar el choque sangriento, a pesar de que su capacidad con la sólida base de su Ejército del Noroeste, lo colocaban en situación preeminente. Llegó a jugarse la simpatía y apoyo que le otorgaba el señor Carranza, haciendo proposiciones serenas. Por último fue a Chihuahua y habló a Villa con tal claridad y patriotismo, que el obcecado jefe de la División del Norte, estuvo a punto de fusilarlo. Dejó Obregón con esto una página gloriosa para su vida de hombre de paz; él, que podía suponerse engraido con una cadena constante de victorias.

Cuando la rebelión de 1920 contra el señor Carranza, su actitud fue clara y perfectamente leal,

aunque pretendan asegurar lo contrario gratuitos detractores. Se retiró con años de anticipación del gobierno del señor Carranza y aceptó su candidatura independiente para la Presidencia de la República. El gobierno fue el que lo hostilizó, cometiendo el error imperdonable de querer enfrenar la opinión pública. Tuvo que salir huyendo el general Obregón de México porque se trataba de aprehenderlo, ya procesado, para inhabilitarlo personalmente y burlar así el voto. Este fue un hecho lamentable de parte del señor Carranza, quien en otros aspectos merece elogio y respeto.

Nadie de los que vivimos en 1920 ignora que una simpatía nacional avasalladora e incontrastable apoyaba al general Obregón.

Como no es la índole de este pequeño trabajo ahondar en consideraciones políticas, me limito a asegurar que Obregón consideró siempre la guerra como un mal y que cuantas veces estuvo en sus manos, procuró evitarla.

Cuando la rebelión de 1923 en contra de su gobierno, él sabía de antemano que muchos jefes militares hacían preparativos sediciosos. Disimuló su convicción para no volver las cosas irreparables; hizo esfuerzos generosos para evitar un levantamiento, dejando a los rebeldes fuerzas y elementos



que pudo haberles restado. No lo hizo para no precipitar los acontecimientos.

Tenía del ejército alto concepto: considerábalo una organización social destinada a guardar la paz pública contra propios y extraños. La guerra para él era un medio doloroso, jamás un objetivo deseable. El militarismo o sea la teoría de la fuerza bruta por encima de la voluntad pública, considerábala la más odiosa de las doctrinas.

Los años de 1917 a 1920, y de 1924 a 1927 en que estuvo retirado, lo mismo del ejército que de la política y de los puestos públicos, los dedicó con entusiasmo y amor a las labores agrícolas, encontrando en estas ocupaciones mucho más agradable ejercicio que en otra alguna. Gustaba de ser un elemento productor, útil a su patria y a sus conciudadanos. Volvió fértiles miles de hectáreas improductivas.

Hasta su agro sonorenses fueron a buscarlo las solicitudes de sus partidarios, postulándolo nuevamente para presidente de la República. Aceptó su candidatura. Su enorme fuerza de caudillo arrastraba millones de voluntades.

Fue electo presidente. Lo asediaban el odio de la reacción y el rencor de los intereses políticos contrarios a los que él representaba. Al fin, un fanático disparó sobre el general Obregón traidoramente,

en San Angel, Distrito Federal. El héroe quedó muerto, en el instante. Parece increíble que terminara así, el vencedor de Santa Rosa, Santa María, Orendáin, Celaya, León y Aguascalientes. El destino pudo, al fin, romper las cadenas con que él lo tuvo sujeto tantos años.

OBREGÓN Y EL PRINCIPIO
DE LA
RENOVACIÓN SOCIAL

DR. ATL

EN LOS DÍAS QUE precedieron a la evacuación de la ciudad de Méjico en noviembre de 1914, en medio de las múltiples dificultades creadas por la defección del general Lucio Blanco jefe de las fuerzas de caballería del Ejército del Noroeste, el general Obregón y el suscrito convinieron en que cualquiera que fuese el resultado de la campaña militar que iba a emprenderse desde luego contra las fuerzas reaccionarias, desarrollarían los principios de un movimiento social capaz de crear una nueva patria.

Esos principios eran una emanación directa de las inmediatas necesidades del país, y habían sido expuestos en una serie de postulados que servirían de base a la labor social de un grupo de diez militares y diez civiles, es decir, a un comité organizador que se juzgó conveniente formar desde luego. Uno de los puntos básicos de la nueva organización, era precisamente coordinar los esfuerzos de los elementos civiles y militares de la Revolución, fundamentalmente distanciados en aquellos mo-

mentos, y dirigir sus esfuerzos hacia un mismo fin: la unificación del país.

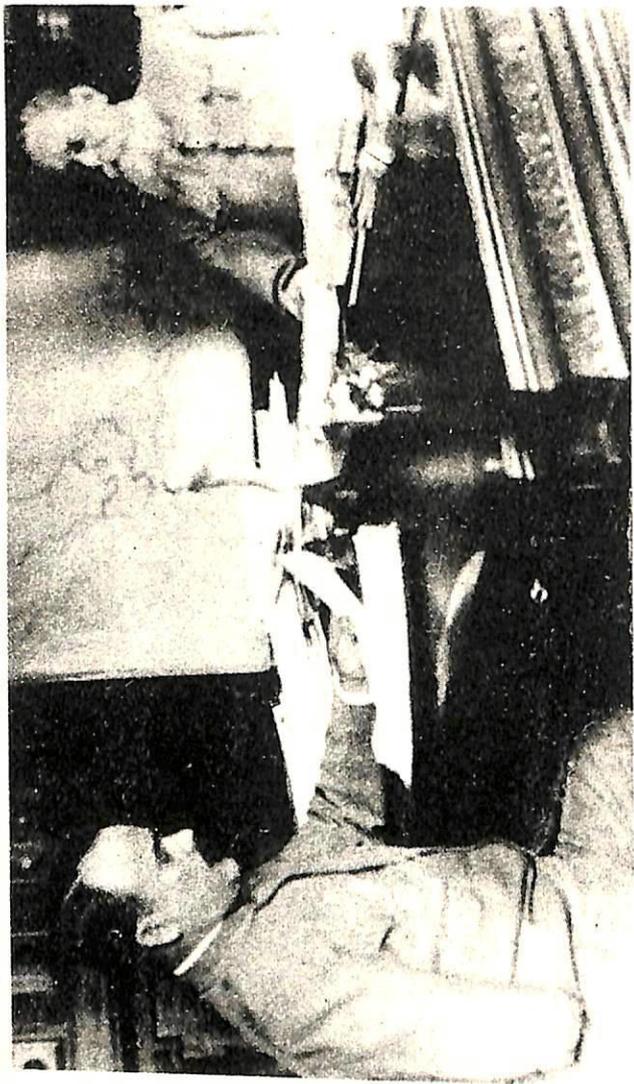
Este grupo naciente se llamó la "Confederación Revolucionaria", y su actuación comenzó antes de abandonar la ciudad de Méjico, en el mismo mes de noviembre. Lo formaron los licenciados Jesús Urueta, Rafael Zubarán Capmany, A.J. Pani, M. Rolland, Roque Estrada.

Sus miras iban más allá de un simple programa nacional; ambicionaba sentar los principios de una organización internacional, cuyo éxito iba a depender de las victorias de Obregón y de la comprensión de la Primera Jefatura. El país necesitaba apoyos exteriores sin menoscabo de sus intereses ni de su dignidad. Obregón así lo comprendió desde su salida de la ciudad de Méjico.

LA INFLUENCIA DE LA CONFEDERACIÓN EN EL ÁNIMO DE CARRANZA

DURANTE EL VIAJE de Méjico a Veracruz, el general Obregón discutió con los miembros de la Confederación las formas en que ésta debería seguir actuando a través de todos los territorios reconquistados por el ejército, y surgió que se diese cuenta, inmediatamente, al Primer Jefe sobre la formación del grupo. El licenciado Urueta y el suscrito se opusieron, pero Obregón dijo "que cualquier movimiento hecho sin el acuerdo de Carranza, podría provocar malos entendimientos y un principio de indisciplina que debilitaría el movimiento revolucionario".

En los primeros días de diciembre, el suscrito tuvo una larga conferencia con Carranza sobre la organización y los propósitos de la "Confederación Revolucionaria". El Primer Jefe aprobó sus planes, pero dijo que a él, como jefe de la Revolución, le correspondía lanzar al país el primer anun-



cio de la renovación social, y así lo hizo en el discurso que pronunció en el banquete que le ofrecieron los jóvenes revolucionarios en Faros el 9 de enero de 1915. Ese discurso fue uno de los más audaces que Carranza jamás pronunciara sobre cuestiones sociales, y desencadenó un regocijo extraordinario entre el elemento radical y una alarma excesiva en los grupos conservadores. Todo el espíritu de ese discurso está condensado en sus primeras palabras: "Hoy empieza la revolución social".

Al día siguiente por la noche, el suscrito comentó en un gran mitin público las palabras del Primer Jefe, con una vehemencia que pareció extremadamente peligrosa a los intereses políticos de los grupos conservadores formados por civiles y militares, y su alarma fue tan grande, que esa misma noche, cuatro de los más destacados entre sus miembros, hicieron saber a Carranza, que el comentador de su discurso había ido demasiado lejos. Carranza trató de calmar a sus informantes, quienes por todos los caminos procuraron llevar al ánimo del Primer Jefe la convicción de que aquellos comentarios estaban hechos de acuerdo con el general Obregón. Este se encontraba en Puebla dirigiendo la campaña.

No existía realmente ningún acuerdo explícito, pero el general Obregón, que fue un hombre muy disciplinado, creyó conveniente aclarar el punto. El suscrito fue invitado a ir a Puebla, que acababa de caer en poder de nuestras fuerzas, y ahí tuvo una larga conversación con el general Obregón, de la cual se deducen dos cosas: su disciplina a la Primera Jefatura y la firmeza de sus principios.

He aquí algunos párrafos de esa conversación:

General Obregón: —Parece que los de Veracruz no están conformes con nuestra actuación.

Dr. Atl: —En efecto, los militares de banqueta y los políticos que se colaron del porfirismo en nuestro movimiento, insinúan, no solamente que usted imprime a nuestro grupo un movimiento excesivamente radical, sino que éste pretende crear una división en el Partido Constitucionalista. Carranza no ha tomado en consideración estas insinuaciones, pero ha creído conveniente refrenar los ímpetus de aquéllos que pretendemos sentar las bases de una nueva organización social.

General Obregón: —Si Carranza ha aceptado nuestros principios, y él mismo ha sido quien los ha proclamado, en parte, en su discurso del día 9, no veo yo porqué los colaboradores del jefe en Veracruz no se disciplinan dentro del espíritu revolucionario. Además usted comprende que nues-

tra revolución no puede hacer una nueva patria ganando solamente batallas. Debemos establecer y llevar a la práctica, aquellos principios que sean capaces de darnos la confianza del pueblo y de garantizar los intereses de la colectividad. Cómo quiere usted, agregó con un gesto de profunda convicción, que el pueblo tenga fe en nosotros si sólo le dejamos los campos regados con sangre. ¿Con qué programa nos vamos a presentar a la nación después de las batallas, si las ganamos?

(Yo guardé silencio y observé a mi interlocutor, que vestía un sencillo traje de campaña y paseaba lentamente delante de mí.) Después de algunos minutos Obregón dijo:

—Nosotros estamos luchando contra la reacción y la venceremos, pero el problema militar es sólo el problema inmediato. Hay otros muchos que surgirán después de las victorias. Ellos existen, desde ahora, pero la lucha nos impide verlos claramente. Si estamos conscientes de nuestra misión, debemos estudiarlos desde luego, y creo que sobre los puramente materiales, los más importantes son de carácter moral.

Los que estamos haciendo la campaña no tenemos todo el tiempo suficiente para estudiarlos, y toca al grupo de civiles completamente identificados con la Revolución ocuparse de ellos. Uste-

des y nosotros, los militares y los civiles, debemos formar un solo cuerpo.

Después de reflexionar un momento, el general agregó deteniéndose delante de mí:

Si el grupo conservador que está intrigando al amparo de la Revolución, se opone a nuestras ideas, es porque estos neoconservadores son incapaces de comprender las causas que nos han lanzado a la lucha.

—En efecto, constesté, los triunfos militares no podrán conducirnos a la solución de los problemas fundamentales —ellos desembarazan el campo para resolverlos con amplitud, pero como usted dice, necesitamos otra cosa —un programa. Ya lo hemos establecido, y Carranza lo ha aprobado. Los políticos del pasado, incrustados dentro de la Revolución se oponen. . .

—Pero no hay que dejarlos que prosperen, interrumpió vivamente Obregón. Afortunadamente sus intrigas no harán mella en el ánimo del señor Carranza, ni en el mío.

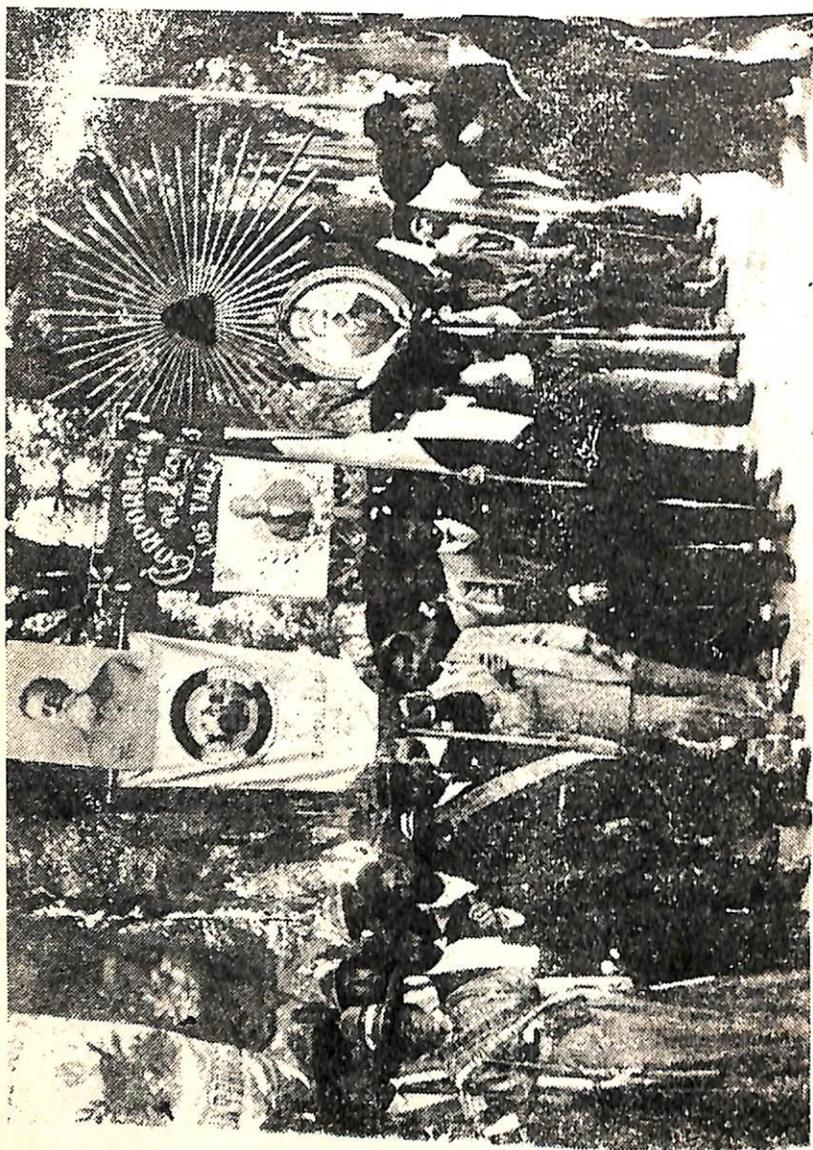
—¿No cree usted general que sería conveniente precisar nuestros principios, intensificar la propaganda, y sobre todo, que usted se dirigiese directamente al país?

—Indudablemente, pero es necesario llevar al ánimo del Primer Jefe la convicción de que nues-

tro grupo está trabajando lealmente y en beneficio del pueblo. ¿Qué le parece a usted que yo escriba al señor Carranza una carta, desentendiéndome de todas estas intrigas y yendo al fondo de la cuestión? Usted mismo la pondrá en sus manos y ampliará sus conceptos en vista de lo que hemos hablado.

—Excelente idea, —contesté.

El general Obregón llamó a uno de sus ayudantes y dictó una larga carta para Carranza. En ella mostraba claramente sus ideas sobre la forma de empezar la reconstrucción del país, partiendo del principio de la unificación entre civiles y militares, asunto que en aquella época presentaba una importancia fundamental; le exponía la necesidad de promulgar desde luego los decretos que garantizaran a los campesinos la posesión de la tierra y terminaba llamándole la atención sobre la importancia de la frase con que se había comenzado su discurso de Veracruz: "Hoy empieza la revolución social".



OBREGÓN EMPIEZA A CRISTALIZAR SUS IDEAS EN TORNO A LAS CUESTIONES SOCIALES

AL DÍA SIGUIENTE de esta conversación, el general pronunció una brillante arenga en el jardín Bravo de Puebla, cuyos conceptos giraron en torno de “los deberes que los ciudadanos armados tenían que cumplir, no para defender los derechos del pueblo, que jamás habían existido, sino para crearlos y organizarlos”. El alcance de este discurso fue de tal manera importante, que a pesar de su violencia contra el clero y contra la reacción representada por los capitalistas y los grandes hacendados, la ciudad de Puebla, esencialmente levítica, reaccionó violentamente en favor de la Revolución. Sus habitantes se sintieron conmovidos por el vigor, la sinceridad y la justicia de las palabras del caudillo.

Pocos días después puse en manos del Primer Jefe la carta del general Obregón que acabó con

las intrigas y las suspicacias, y no se pusieron más obstáculos al desarrollo del grupo que trataba de implantar reformas fundamentales.

Hasta este momento, las ideas de Obregón en torno de las cuestiones sociales eran el resultado directo de las necesidades populares que ante sus ojos se iban presentando. No había en ellas influencia alguna extranjera, ni eran deducciones académicas o fantásticas de las doctrinas sociales europeas o de las de nuestros simpatizadores de Chicago y Nueva York que en los periódicos *The Call* y el *Appeal to Reason*, trataban de introducir en nuestro movimiento.

No tenía, como lo tuvo en la guerra, un plan preciso sobre las reformas sociales que la nación exigía, pero precisamente en esa época empezó a concretarlo.

Militar improvisado y genial, hombre práctico, pudo establecer con grande rapidez los planes de su campaña —que lo llevaron a la victoria. Estadista en ciernes, su espíritu se abría ante los problemas reales de la vida, y observándolos sin prejuicios comenzó a buscar la forma de resolverlos racionalmente.

El vio siempre en el grupo formado por la "Confederación Revolucionaria", compuesto de estudiantes, de abogados, de artistas, de obreros, de

campesinos y de mujeres de todas las clases sociales, una fuerza capaz de llevar al terreno de la práctica los principios de una verdadera revolución social.

—Necesitamos, me dijo un día, —hablando ante un grupo de militares—, convertir a todos nuestros ejércitos en miembros de esta Confederación. Necesitamos un grupo fuerte, compuesto de todos los elementos verdaderamente revolucionarios, para realizar nuestras ideas. Así podremos ganar también las batallas sociales, que serán más peligrosas que éstas —dijo señalando los campos sobre los cuales había pasado el soplo vigoroso de su genio militar.

EL CRECIENTE PRESTIGIO DE OBREGÓN

AL AMPARO DE los jefes militares que operaban bajo el mando del general Obregón en los distintos estados de la República, se formaron grupos de la "Confederación Revolucionaria", algunos de los cuales fundaron periódicos importantes. En Guadalajara, en Tampico, en Orizaba. Juan de Dios Bojórquez fundó *El Sector*, un periódico ambulante que se imprimía a bordo de los trenes.

Se organizaron brigadas de propaganda, y en cada lugar conquistado por las fuerzas militares, surgió la fuerza intelectual del movimiento revolucionario, dirigido especialmente a organizar a los trabajadores, a los intelectuales, a los campesinos y a los estudiantes de todo el país.

Los grupos centrales de Veracruz y de Orizaba establecieron contacto con las agrupaciones socialistas de París, de Londres y de Nueva York, de donde llegaron representantes y conferencistas.

El general Obregón y los jefes bajo su mando, apoyaron en todas las formas este movimiento, y en Veracruz se decía con malevolencia "que el general Obregón tendría al terminar la campaña militar, un ejército de civiles más poderoso que el ejército de soldados".

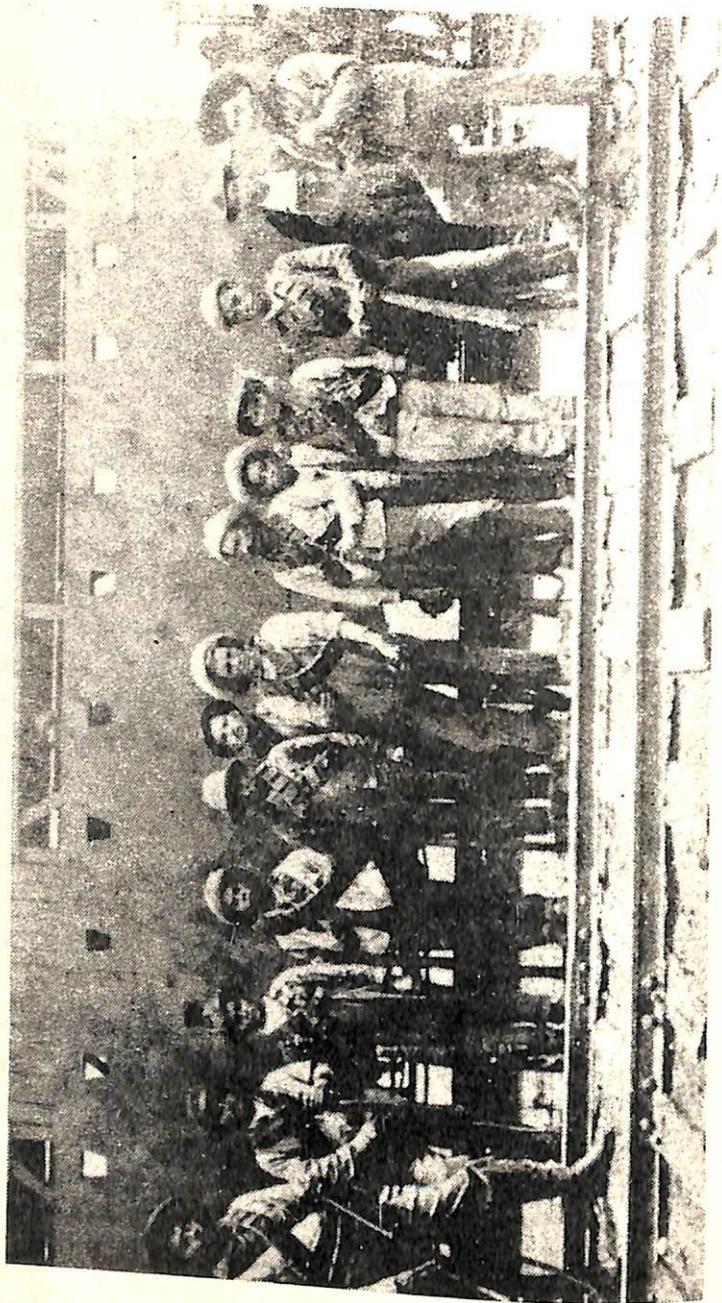
Las rápidas victorias del caudillo en los campos de batalla, y la fuerza política que a su pesar iba reconcentrando, hicieron surgir en Veracruz nuevas intrigas que fueron acrecentándose a medida que avanzaba hacia el norte barriendo los ejércitos de Villa. Los politicastos de Veracruz trataron de influenciar a Carranza en contra de Obregón, al mismo tiempo que surgían desacuerdos entre los colaboradores cercanos al Primer Jefe —todo lo cual creó un ambiente lleno de peligros para la unificación revolucionaria que hasta aquellos momentos parecía invulnerable. Este malestar, creciente de día en día, repercutió en los campos donde el ejército de la Revolución se batía victoriosamente contra las huestes reaccionarias.

El Primer Jefe se dio cuenta de la gravedad de la situación, y encomendó a los señores Zubarán, Urueta, Pesqueira y al suscrito, una misión delicada, de carácter internacional, cerca del general Obregón.

Carranza jamás dudó de la lealtad de Obregón, pero consideró necesario comprometerlo a hacer declaraciones. Aunque en apariencia se trataba de hacer "una consulta" al jefe militar, en el fondo, la comisión llevaba las suspicacias de la política de la Primera Jefatura, respecto de la actitud de Obregón y sus soldados.

La Comisión cumplió con su cometido oficial en breves horas, pero el suscrito fue llamado a una conferencia privada con diversos jefes del ejército presididos por el general Serrano. En esta conversación el punto fundamental fue el desacuerdo de los jóvenes militares con el espíritu conservador que crecía rápidamente dentro y fuera de Faros. Ellos no estaban dispuestos a tolerar ni ese estado de cosas que juzgaban como principio de una nueva reacción, ni las intrigas de gentes que no hacían más que pasearse y comer. Su excitación era sincera y violenta su fraseología. El suscrito fue comisionado para llevar a Veracruz el sentimiento de los jóvenes oficiales.

Al día siguiente, muy temprano, el general Obregón me invitó a montar a caballo y saliendo de nuestro campo atrincherado rumbo al campo villista, tuvimos la siguiente conversación:



—Carranza, le dije, considera extremadamente peligroso un desacuerdo entre los grupos civiles y militares de la Revolución.

Obregón replicó vivamente:

—Dígale usted al señor Carranza que mientras dure la campaña y no hayamos destruido hasta los últimos vestigios del enemigo, yo y el ejército a mi mando, no seremos motivo de disputas. El mal no está aquí, entre los que combatimos, está en Veracruz donde un grupo de politicastos trata de dividirnos. Que el Primer Jefe los elimine, y habrán cesado las dificultades, por su parte, porque por la mía no existen. Yo soy un soldado y debo obedecer, ser disciplinado y cumplir con el más alto deber que en este momento tengo: destruir a la reacción armada.

—Usted sabe muy bien, general, que Carranza tiene en usted una confianza ilimitada, en su capacidad militar, en su indiscutible lealtad, pero el jefe, dadas las difíciles circunstancias por que atraviesa la Revolución, desearía, y así me ha dicho que se lo diga a usted, que usted hiciera una declaración en nombre de todo el ejército de operaciones demostrando su adhesión a la Primera Jefatura.

Obregón detuvo bruscamente su cabalgadura y me dijo con exaltación muy justificada:

—¡Dígale usted al Primer Jefe que si no le parecen suficientes las batallas que he ganado para demostrar mi adhesión, estoy dispuesto a dar una en Veracruz para acabar con los reaccionarios!

Luego, serenándose rápidamente, agregó sonriendo en aquella forma que le era tan característica:

—¡Tonterías! ¡Nosotros estamos aquí exponiendo nuestras vidas a cada instante para que en Veracruz se ocupen en estarse peleando como perros y gatos, y tengan todavía la pretensión de exigirnos declaraciones de lealtad! ¿No le parece a usted que mejor debían ocuparse de estudiar los graves problemas sociales que tenemos delante?

—General, le dije, lo que usted acaba de decir es justo, y es también el sentir de toda la juventud revolucionaria que está a su lado. Las disputas políticas, y la envidia de ciertos jefes militares ante la creciente popularidad de usted, no dejan lugar, en Faros, a pesar de la voluntad de Carranza, para ocuparse de las reformas sociales.

—Dígale usted al señor Carranza que las condiciones de la campaña no me permiten ponerme al frente de la labor social, y que si él impide la que están llevando a cabo los elementos civiles realmente revolucionarios, él solo será el responsable de las consecuencias.

Nuestras cabalgaduras habían avanzado lentamente en medio de los campos barbechados hasta cerca de las trincheras enemigas en donde alcanzamos a percibir a los soldados de la División del Norte, detrás de las loberas.

A mi vuelta a Veracruz, expliqué al Primer Jefe cuál era el espíritu de Obregón y de sus oficiales, a lo cual Carranza nada contestó.

Álvaro Obregón empezaba en aquellos días de incesante batallar, a enfrentarse decididamente con los problemas políticos, económicos y sociales del país y a trazarse un plan para resolverlos.

LOS BATALLONES ROJOS

UNO DE LOS PUNTOS que Obregón consideraba más importantes para organizar una verdadera renovación social, era la participación de los obreros en la lucha armada. Ya los campesinos habían participado en ella —más exactamente— los campesinos formaban el ejército de la Revolución.

Desde octubre de 1914 dio todo su apoyo a las gestiones que se estaban llevando a cabo en la capital de la República con el objeto de inducir a los trabajadores a unirse al movimiento constitucionalista.

La actitud del general, su sinceridad, su prestigio, fueron factores muy importantes para que la clase trabajadora tomase parte en la Revolución organizando los Batallones Rojos.

En los primeros meses de 1915, el suscrito reconcentró en Orizaba grandes núcleos de obreros de la capital de la República y del Estado de Veracruz, y los coroneles Juan José Ríos y Enríquez los



organizaron técnicamente formando los primeros batallones revolucionarios que iban a los campos de batalla a iniciar una lucha que había de alcanzar, más tarde, características diferentes y objetivos más importantes.

Los Batallones Rojos fueron distribuidos en diversos lugares del país.

El primero que salió de Orizaba se incorporó a las fuerzas del general Jacinto Treviño y tuvo una actuación brillante en el Ébano. Otros fueron directamente a las órdenes del general Obregón que se aprestaba a dar la segunda batalla de Celaya, y posteriormente otros fueron enviados al Estado de Colima.

La participación de los obreros en el campo militar puede considerarse como el primer paso para la participación directa y decisiva del proletariado en la lucha social.

Hablando un día en Trinidad con el general Obregón, me dijo:

—Todo lo que hemos hecho hasta aquí, en lo que se relaciona con las reformas sociales, es vago, y lo considero incongruente, con excepción de la labor de la Confederación y de la participación de los estudiantes y los obreros en nuestro movimiento. Al participar los obreros y los estudiantes en nuestra lucha armada, adquieren automática-

mente derechos que antes no tenían. Pero necesitamos ir más lejos —agregó con voz grave— es necesario coordinar todos los esfuerzos hacia un solo fin. Desgraciadamente esto no lo podremos hacer ahora y no podrá ser factible sino después de que hayamos triunfado y que se organice un gobierno suficientemente fuerte para garantizar los derechos de los trabajadores, de los intelectuales y de todos los ciudadanos del país.

Estas ideas cristalizaron en el manifiesto que el general lanzó en Nogales, postulándose presidente de la República, y en la campaña electoral que le siguió.

UN VIAJE TRIUNFAL DE CARRANZA

DERROTADOS LOS EJÉRCITOS de la reacción en la mayor parte de los Estados de la República, Obregón quiso mostrar a Carranza, no por vanidad sino por disciplina, los campos donde las huestes revolucionarias habían ganado una tras otra las batallas que abrían las puertas a una nueva vida nacional.

En octubre de 1915 Obregón me hizo ver las grandes ventajas que este viaje tendría para la unificación del constitucionalismo, entre otras la de mostrar a los envidiosos y a los díscolos la estrecha unión que existía entre el Jefe de la Revolución y el jefe de ejército en campaña.

—Sólo usted es capaz, me dijo, de convencer al señor Carranza para que venga a nuestros campamentos. Lleve usted mi representación y la de todo el ejército e invítelo usted a que haga un paseo triunfal.

El suscrito desempeñó su comisión ante el Primer Jefe, y en el mismo mes de octubre empezó

la gira a través de todos los campos conquistados, durante la cual la actitud de Carranza fue extremadamente favorable al estudio de los problemas nacionales y en la cual los discursos de Obregón tuvieron como punto central esos mismos problemas, especialmente la magnífica arenga de Piedras Negras donde sus ideas se precisaron luminosamente.

Ahí el militar victorioso expuso con elocuencia un verdadero programa de gobierno. Parecía disponerse a tomar bajo su responsabilidad los grandes problemas nacionales.

La voluntad del pueblo eligió para presidente de la República a Venustiano Carranza y Obregón esperó su turno.

EL MANIFIESTO DE NOGALES

EN LAS POSTRIMERÍAS del régimen de Carranza, Obregón se preparó para lanzar su candidatura a la Presidencia de la República.

No quiso ser postulado por ningún partido, la suya fue una autopostulación.

Un día, encontrándome en un hospital de Los Ángeles en vísperas de la extracción de un proyectil que casualmente se me había incrustado en el cuello, el general Obregón llegó a verme y me dijo:

—Doctor, a pesar de estar usted tan enfermo, yo necesito su opinión. Acabo de terminar en Nogales el manifiesto en que me postulo para presidente de la República. Nadie lo conoce. Voy a leersele antes de la operación, no vaya a ser —agregó en son de broma— que usted se quede en ella, y yo sin su opinión. En el manifiesto cristalizaba definitivamente el criterio de Obregón en los asuntos políticos, sociales y económicos. Su publicación cau-

só gran alarma en el elemento conservador de Méjico, pero la enorme mayoría del país lo recibió con júbilo. El manifiesto señalaba una nueva ruta.

El momento había llegado para que el militar se convirtiese en estadista. Cuando asumió la presidencia se llevaron a cabo muchas de las reformas prometidas y se realizaron aquellas que las inmediatas necesidades sociales de la nación exigían.



INDICE

<i>Presentación</i>	5
<i>Alvaro Obregón, José Rubén Romero</i>	7
El espíritu revolucionario de Obregón, <i>Juan de Dios Bojórquez</i>	53
Su ideología	63
El obrerista	87
Obregón, militar, <i>Juan de Dios Robledo</i>	97
Obregón y el principio de la renovación social, <i>Dr. Atl</i>	141
La influencia de la Confederación en el ánimo de <i>Carranza</i>	145
Obregón empieza a cristalizar sus ideas en torno a las cuestiones sociales	153
El creciente prestigio de Obregón	157
Los Batallones Rojos	165
Un viaje triunfal de Carranza	169
El manifiesto de Nogales	171

Alvaro Obregón, aspectos de su vida, se terminó de imprimir el 1 de junio de 1984, en los Talleres de Gráficos ErS, calle Trabajadoras Sociales 299, México 8, D. F.

Se imprimieron 3 000 ejemplares y la edición estuvo al cuidado de Servando Morales.

PUBLICACIONES DEL GOBIERNO
DEL ESTADO DE SONORA
1979-1985

1. *Crónica de la aventura de Raousset Boulbon en Sonora*, Horacio Sobarzo.
2. *General Alvaro Obregón. Aspectos de su vida*, José Rubén Romero, Juan de Dios Bojórquez, Dr. Atl y Juan de Dios Robledo.
3. *Ocho mil kilómetros en campaña* (fragmentos), Alvaro Obregón, 2ª edición corregida.
4. *Alvaro Obregón, caudillo e ideólogo de la reconstrucción nacional*, Miguel R. Palacios y Ana María León de Palacios.
5. *Plutarco Elías Calles, estadista y patriota*, Juan Antonio Ruibal Corella.
6. *Crónica del Constituyente*, Juan de Dios Bojórquez.
7. *Sonora, génesis de su soberanía*, Armando Quijada Hernández.
8. *Memorias de don Adolfo de la Huerta*, transcripción y comentarios del Lic. Humberto Guzmán Esparza.
9. *Eusebio Kino, padre de la Pimería Alta*, Charles W. Polzer, s.j.
10. *Obras históricas*, Ramón Corral.
11. *Jesús García, héroe de Nacozari*, Cuauhtémoc L. Terán.
12. *La Revolución en Sonora*, Antonio G. Rivera.

13. *El Quijote de la Revolución. Vida y obra de Adolfo de la Huerta*, Carlos Moncada.
14. *Crónicas biográficas*, Horacio Sobarzo.
15. *El viejo Guaymas*, Alfonso Iberri.
16. *La cohetera, mi barrio*, Agustín A. Zamora.
17. *La sierra y el viento*, Gerardo Cornejo.
18. *Los tiempos de Salvador Alvarado*, Juan Antonio Ribal Corella.
19. *Las guerras con las tribus yaqui y mayo*, tomo I, Francisco P. Troncoso.
20. *Las guerras con las tribus yaqui y mayo*, tomo II, Francisco P. Troncoso.
21. *Misiones del Norte de Sonora*, Arthur Woodward.
22. *Sonora y sus casas de moneda. Alamos y Hermosillo*, Alberto Francisco Pradeau.
23. *Sonora*, Jorge Russek.
24. *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses*, Francisco R. Almada.
25. *Descripción de la Provincia de Sonora*, Ignacio Pfefferkorn, (traducción de Armando Hopkins Durazo).
26. *El solar de los silencios*, Gerardo Cornejo.
27. *Apuntes históricos sonorenses*, Roberto Acosta.
28. *30 años en esto*, Carlos Moncada.
29. *Apuntes biográficos de don Ramón Corral (1854-1900)*, Manuel R. Uruchurtu.

Publicaciones del
Gobierno del Estado
de Sonora 1979-1985